

SS

SERVICIO SECRETO

PETER DEBRY

GONGO KONG

Curiosa novela cargada de inverosimilitudes y efectos que rozan el absurdo pero que sabe combinar diversos géneros en una extraña atmósfera que atrapa al lector a pesar de sus múltiples deficiencias.

Kirk Roket es un antiguo campeón de lucha libre que, reconvertido en aventurero, se sumerge en las islas de Nueva Guinea a la busca y captura de fieras y fenómenos para los circos y zoos de occidente. Allí, entre salvajes y antropófagos descubre a Kong, un kanako albino al que salva del ataque de un peligroso jabalí.



Peter Debry

Gongo Kong

Bolsilibros: Servicio Secreto - 69

ePub r1.0

jala y xico_weno 03.07.17

Título original: *Gongo Kong*
Peter Debry, 1951
Ilustraciones interiores: Rojo

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2





PETER DEBRY

Gongo Kong

1.ª EDICION
-NOVBRE.-1951

EDITORIAL
Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA
BARCELONA (6)

GONGO KONG

por

PETER DEBRY



Capítulo primero

Entre Kanakos

Kirk Roket, había nacido treinta y dos años antes en el Canadá, una noche helada del año 1918. Si aquella noche, húmeda y calurosa, del otoño de 1950, se encontraba revisando el cerrojo de su rifle de repetición en un claro de la selva en la gigantesca isla de Nueva Guinea, no se debía a que su profesión conocida fuera la de explorador, oficial de patrulla o científico naturalista.

A los veinte años era capataz leñador, a los veinticinco seguía la senda del petróleo en Alaska, y a los veintiséis debutó en la lucha libre, pero entre cuerdas y con público que pagaba por verle, en Chicago.

A los veintisiete, se aburría, pero continuó luchando hasta que conoció a un cazador, que le propuso recorrer las islas del Pacífico. El cazador ganaba mucho dinero, proporcionando fieras vivas a un circo. Murió en un «atoll» de coral a causa de la fiebre producida por un insignificante mosquito, que apenas se veía sobre el robusto cuerpo plagado de cicatrices de zarpazos de fieras.

Kirk Roket, al comunicar la muerte de su compañero, recibió en respuesta un radiograma en el puerto australiano de Cairns. Se le indicaba que esperase ulterior información sobre «fenómenos».

Esperó, y el circo, en extenso cablegrama, le ordenó que partiera hacia Nueva Guinea, donde las muchas enfermedades desconocidas producían entre los indígenas seres deformes, piltrafas humanas, cretinos, hidrocéfalos…

El circo radicaba en sus cuarteles generales de Sarasota, en Florida. Precisaba fenómenos para la campaña de 1951 en su gira

por los Estados. El cablegrama añadía que también las fieras vivas debían interesar a Kirk Roket, y terminaba aconsejando prudencia.

Por eso, Kirk Roket todas las noches revisaba el cerrojo del rifle que podía disparar ocho cartuchos en seis segundos, mientras atravesaba el valle Ramu hacia el río Purari.

Le acompañaban dos kanakos portadores, y Roket sabía que si bien de ellos no podía temer un ataque, en cambio era indiscutible que al primer misterio de la selva, huirían velozmente. Y los kanakos, corriendo, eran inigualables.

El valle lindaba, hacia el Este, con la región comprendida entre los ríos Markam y Serpent, habitada, por tribus que todavía se resistían a abandonar la ancestral práctica, del canibalismo.

Kirk Roket había atravesado comarcas habitadas por hombres que devoraban los despojos de los enemigos muertos y que bailaban alrededor de los restos hasta el momento en que caían desvanecidos de éxtasis, de fatiga, ebrios de olor a sangre.

Había penetrado en villorrios edificados sobre troncos, donde las altas chozas se adornaban con los trofeos de cráneos blanqueados.

Y como no era escritor ni periodista, no iba a inventar que lo hicieron prisionero los antropófagos, ni que intentaron degollarle, ni que comió carne humana. Sencillamente, su intención era cazar.

Pasó peligros, adquirió una puntería excelente, vio de cerca la inmensidad de unas fauces de tigre abiertas, pero hasta entonces aquella existencia salvaje le complacía.

Musculoso, ágil, no tenía el rostro embrutecido del luchador «tocado». Moreno de cabello y piel, sus ojos azules eran metálicos, acostumbrados a mirar sin parpadeos. La ancha frente, la recta nariz y la firme boca, le daban aspecto de inteligente decisión.

Dejó el rifle atravesado sobre sus muslos. Estaba en territorio «incontrolado», es decir, donde no había puestos de patrullas inglesas y americanas.

A su llegada a Nueva Guinea tuvo que vencer muchas dificultades burocráticas, permaneciendo en Port Moresby más de un mes antes de conseguir autorización para internarse isla adentro.

El remontar la selva hacia el centro, le costó otro mes de lento caminar. En la jungla, numerosas plantas, arrastrándose, abrazaban gruesos troncos, trepando por ellos como gigantescos reptiles, enlazándose unas a otras, las más débiles cerrado el paso por las

más fuertes, en un caos constante, formando muros que debían destruirse a golpe de machete.

Los dos kanakos portadores maltrataban el inglés en forma grotesca, pero se hacían entender. Eran supersticiosos, embusteros y astutos.

Respetaban enormemente a Master Kirk, cuyos balazos no fallaban nunca. Y, progresivamente, Roket iba aprendiendo el kanako. La cena era frugal y silvestre, pero la sobremesa encantaba a los dos kanakos.

Sus respuestas tenían a veces honda filosofía, como cuando Roket insinuó a los tres días de viaje:

—Si vosotros ser
kai-kai
—y con la mano cuyos dedos juntó en forma de pera, hizo Roket el gesta de llevarse algo a la boca—, yo tener carne dura.

—Yo, Tamari, nunca comer hombre blanco, Master Kirk.

—¿Y tú, Kairi, no comer blancos?

—No, no, nunca comer blanco, Master Kirk…

Y Kairi, abatiendo las pestañas, añadió, algo molesto:

—Porque hombres blancos tienen carne que oler muy mal, muy mal.

En otra ocasión, al ir Roket a coger una gran orquídea, Tamari emitió un grito de peligro.

Kirk Roket, con el dedo en el cerrojo del rifle, apuntó en todas direcciones, extrañado. No vio nada, ni su sexto instinto de cazador le había advertido el menor peligro.

—¿Que ser, asno Tamari?

—Grande flor comer carne hombre si coger.

—Escucha, asno Tamari, esta flor se llama orquídea y no se alimenta de otras plantas, y mucho menos de animales tan indigestos como los kanakos.

—Y yo decir, Master Kirk, que el sobrino de Tamari era amigo de un «boy», que conoció a un kanak cuyo primo tenía un abuelo que fue apresado por una flor como esta flor, y cuyas hojas se pegaron sobre el cuerpo de su abuelo, hasta que lo
kai-kai
.

—Yo decir, asno Tamari, que el sobrino, el abuelo y los amigos

ser tan embusteros como asno Tamari.

—¡No, Master! Protestó con indignación Tamari. —El sobrino de Tamari era un «mission— boy», y sabía cantar en la iglesia.

Ante este argumento, con psicología de hombre acostumbrado al trato con indígenas de varias islas del Pacífico, Kirk Roket reconoció que podía estar equivocado, y no quebró el grueso tallo de la orquídea.

Al término de un mes, los dos kanakos conocían a Kirk Roket por nombre larguísimo que quería significar «Blanco-Que-no-Tiembla-Ante-Nada».

Sus negros semblantes achatados se dilataban en amplia risa recordando a otro cazador al que habían llamado: «Gran-Blanco-Que-Aulla-En-La-Noche-Cuando-Viene-Verle-Ratha-Gorda»…

En la sobremesa de aquella noche, Tamari habló de los parias, los que viven en chozas, separados de todos los demás. No eran leprosos, ni «puri-puri» (atacados de epilepsia), sino Kanakos de piel blanca. No eran mestizos, sino albinos.

Había bastantes por la selva de Purari. Imaginó Roket la sorpresa del matrimonio Kanako, al aparecer la criatura blanca.

Provocaba discusiones serias en el seno de las familias indígenas. Pero no cabía dudar de la fidelidad de la esposa, en tribus donde, por años y años, no aparecía un solo blanco.

Aquel albinismo entre kanakos es designado por los patrulleros, con el nombre de «Cronak».

—Quiero saber si «cronak» en mi camino al norte.

—Haber, pero vivir solos, muy malos, espíritus malos. Nadie acercar ellos, Master.

—Veré ver.

—Kairi ser asno —dijo Kairi—. Si tú no coger flores, ni buscar tigre, ni entrar chozas, sino caminar, caminar, grande debe ser lo que tú querer encontrar.

—Querer encontrar Kanako raro, con dos cabezas, o con cuatro narices. Algún kanako diferente kanakos.

—Estar bueno, estar bueno —rieron los dos.

Y de pronto Tamari gritó:

—¡Yo tener kanako raro!

—¿Dónde?

—Kairi sabe también dónde estar kanako raro.

Kairi eludió responsabilidades diciendo:

—Tamari saber y yo callar.

Tamari miró en rededor suyo, como si alguien fuera a escucharle. Pero sólo se veían unas matas lejanas, en aquel claro desde donde cualquier peligro reptante o galopante podía verse llegar.

La luna servía de luz. Kirk Roket se recostó contra uno de los fardos que contenían baratijas para intercambio. Juguetes mecánicos, ollas, guantes, anteojos… Joyas para los kanakos del Norte.

—Hablar tú, asno Tamari.

—Tú ser alto y fuerte, pero serlo más de dos veces kanako Kong.

—¿Quién es éste? ¿Quién ser Kong?

—Saltar de árbol a árbol, torcer el hierro, subir alto rocas mejor que pájaro, pero ser malo, malo Kong.

—¿Cómo tener cara?

—Mujeres kanak decir ser Kong feo cara, pero kanako más fuerte de toda las islas del mar.

Meditó Roket que los gustos de las mujeres kanak eran los opuestos a los occidentales. Dijo:

—No interesar Kong.

Kairi redondeó los ojos, y al instante se arrodilló Roket, con el rifle preparado. Conocía ya la expresión de un kanako cuando siente un miedo espantoso… La piel negra se ponía grisácea, le temblaban los labios, y los ojos parecían irles a saltar de la cara.

Entre las matas lejanas dos pupilas rojizas brillaban fosforescentes, y un sordo rugido relinchaba en un pecho salvaje…

Capítulo II

Entre Neoyorquinos

Bajo las peludas cejas, el foco del centro del *ring* daba reflejos rojizos a las pupilas de Berdorf. Un sordo rugido relinchaba en su pecho, mientras, engaritadas las manos, daba vueltas lentamente alrededor de Caro Rigi.

Era el combate estelar de lucha libre en el «Madison Square Garden». Hans Berdorf, el austríaco, era, temido por sus rivales, porque si en su vida privada era un hombre bondadoso y pacífico, cuando en el *ring* le propinaban dos o tres golpes fuertes, se convertía en un primitivo salvaje.

Caro Rigi, el italiano marrullero y forzudo, acechaba como un cazador el momento de dar en el blanco. Y no necesitaba de Excitaciones, porque era por naturaleza agresivo y mal intencionado.

Se trataba de dos verdaderos «hombres malos» del *ring*, sin comedia. Caro Rigi, acrobáticamente, cuando su muñeca se vio apresada por la zarpa de Berdorf, verificó la contrapresa al «brazo a la americana» que intentaba el austríaco.

Remontó su cuerpo valiéndose del brazo que le aprisionaba, y sus dos piernas rodearon el cuello de Berdorf, derribándolo. Y al quedar sentado, tuvo ante él al austríaco, oprimía la cabeza entre sus dos muslos, arrodillado, tratando de abrir las piernas que le apretaban como un gigantesco alicate.

Apoyado sobre los codos, Rigi alzó los muslos sin soltar la presa, y la cabeza de Berdorf resonó contra la resina.

La sala estaba medio vacía. Un espectador gritó:

—¡Muérdele el hígado, Hans!

Furioso, Berdorf entró en «barrena», girando sobre su propia cabeza, en un rápido movimiento de rotación de sus piernas en el aire, apoyado en las manos.

Consiguió doblarse hacia atrás, y con todo su peso cayó sentado sobre el pecho de Rigi, que aulló estremecido de rabia dolorida.

Gatearon los dos por la lona, hasta ponerse en pie, recelosos, animados de la dulce intención de aplastarse mutuamente.

Resollando, volvieron a dar lentos giros… De pronto, distendióse Caro Rigi hacia delante, coincidiendo con el mismo impulso del austríaco, y los dos pechos restallaron el uno contra el otro en fiero choque.

Los dos intentaron la presa de cintura, la que podía decidir el combate en su tercer asalto.

Rigi estrechó el tórax de su antagonista, dificultándole la respiración, al tiempo que apoyaba fuertemente su barbilla contra el pecho. Hans Berdorf, dolorido, iba reclinándose hacia, atrás.

Levantó ambas manos, empujando la mandíbula inferior de Rigi.

Forzaba hacia atrás la cabeza de Rigi, pero el italiano siguió presionando, Berdorf acudió al golpe sucio. Cogió los cabellos rizosos del italiano, sacudiéndole la cabeza, y agarró con saña la nariz de Rigi.

El italiano clamó ferozmente, indignado, y soltando su presa de cintura, se dejó caer en la lona, asiéndose el cráneo con gestos de vehemente protesta.

El árbitro cogió por los hombros, a Berdorf, señalándole su rincón, empujándole, mientras llamaba al locutor, que con el micrófono portátil, subió al *ring*.

El público con indiferencia oyó:

—¡Primera amonestación pública al luchador Berdorf!

En el suelo, Caro Rigi hizo un gesto de amenaza hacia su rival. No había comedia. Le prometía una paliza…

Uno del público comentó burlón:

—¡Te va a hacer daño, Hans!

Al reanudarse el combate, los que entendían de lucha libre comprobaron que Berdorf y Rigi, «iban de veras». No buscaban la espectacular «doble patada al estómago», de la que se libra fácilmente el luchador ágil, ni las «presas de reposo», en que

fingiendo retorcerse miembros, tienen ambos la ocasión de descansar.

Iban a lo efectivo, dentro de los límites del elástico reglamento, que lo tolera todo, menos golpes bajos, dedos en los ojos y estirones de cabellos y puñetazos a mano cerrada.

Empezó Rigi, antiguo boxeador, atacando a largos golpes con la mano abierta. Berdorf, ceñudo, retrocedía gruñendo…

Aferró Rigi el cuello de Berdorf, el cual se dejó agarrar, para a su vez ir avanzando a rodillazos en el estómago de su adversario.

Carlo Rigi, encogido, amortiguaba los golpes tratando de cubrirse con los brazos. Alzó repentinamente Berdorf las dos manos abiertas, entrelazados los dedos, y propinó el golpe en la nuca «golpe de conejo», que hizo doblarse más a Rigi.

Y llevado de su sincero furor combativo, Hans Berdorf se inclinó, y en un instante cargó sobre sus hombros al medio entontecido italiano, levantándolo en vilo.

Empezó a aplicarle el «torbellino» girando sobre los tacones y acercándose a las cuerdas, con la evidente intención de acabar de marear a su carga humana y proyectarla al suelo, fuera del *ring*.

Los entrenados espectadores de la primera fila de aquel lado, se pusieron en pie, prestos a esquivar el proyectil de noventa kilos.

Pero Hans Berdorf, cambió de idea. Hizo él «arqueo», la presa más dolorosa, la que puede desriñonar a un adversario.

Su brazo derecho empujó hacia abajo los muslos del italiano, mientras el brazo izquierdo, colocado sobre el cuello, empujaba también en el mismo sentido.

Carlo Rigi empezó a palmear desesperadamente las espaldas de su rival, anunciando con ello que abandonaba… Crujían ya sus articulaciones.

El árbitro apremió dando golpes en el pecho a Berdorf, que no se desprendía de su «fardo»…

—¡Basta, Hans, basta! —Exigía, angustiado.

El austríaco pareció volver en sí. Alzó los brazos y empujó hacia atrás.

Garlo Rigi cayó inerte, desmadejado como un muñeco roto. El público empezó a desfilar, con tibios aplausos.

Hans Berdorf vistió su batín oscuro, mientras los cuidadores recogían a Carlo Rigi inanimado, arrastrándole a su rincón.

Sin saludar, el austríaco saltó del *ring*, yéndose a la ducha. Algunos espectadores permanecieron junto al *ring*, esperando…

Por fin, trabajosamente, se puso en pie Carlo Rigi rezongando maldiciones en su pintoresca lengua nativa.

Quince minutos después en la gerencia número doce, destinada a organizar la lucha libre, había «reunión general».

Estaba la «*troupe*» completa de luchadores que formaban el equipo de la temporada que principiaba. En un rincón opuesto al que se sentaba Berdorf estaba Carlo Rigi, mascullando su letanía de juramentos.

Tras el despacho, Lewis Topfer, el empresario, masticaba con asco el cigarro habano apagado. Iba mirando uno a uno a los veinte luchadores, congregados allí. A sus lados se sentaban los tres apoderados de los luchadores, cada uno de los cuales representaba a ocho, seis y seis de los atletas del «catch».

—Bueno, amigos —empezó a decir Lewis Topfer—. El público está cansándose de vosotros. Os está tomando a chacota. Cree que todos los combates están amañados de antemano. Habéis visto esta noche lo que ha pasado. Hans estuvo a punto de deslomar para los restos a Garlo… y la gente se reía. Ya no logramos entusiasmar.

—¡Damos de veras, patrón! —protestó uno de los luchadores, con un brazo en cabestrillo—. Que a mí la luxación del hombro, no me la hizo este animalote por juego.

El interpelado, protestó débilmente:

—Tú me ibas a meter el estómago en la nuca y yo tuve que retorcerte el hombro. Nada más.

—El caso es, muchachos, que si seguimos así, iréis al hospital, pero no por ello la gente llenaría la sala. Aunque os viera echar los bofes en el *ring*, dirían que era truco. Os he reunido para que veamos una solución a esto. La taquilla paga apenas vuestra comida, y yo no quiero ir a la ruina. Aquí reunidos, tratemos de buscar algo nuevo, algo que atraiga al público.

—¡El «Ángel»! —dijo uno de los «catchers» aludiendo al luchador con macrocefalia, de lealtad impresionante.

—Es corto de talla, y ya lo conocen. Sirve para dos veces, después ya no trae gente. Otra cosa.

—Lucha india.

Consistía en un *ring* colocado sobre una piscina. Cinco

luchadores lo ocupaban. Uno en el centro, y los demás uno en cada esquina. Al sonar el gong, cada uno saltaba sobre el que quería, formándose alianzas breves de cuatro contra uno, o tres contra dos…

En el forcejeo para arrojarse al agua, producíanse situaciones extravagantes.

—Cómico, pero ya muy visto.

—Barro —propuso Rigi.

Los demás luchadores le miraron furiosos. Uno de ellos gruñó:

—Eres un blando, Rigi. Esto del *ring* lleno de barro, y nosotros resbalando y llenándonos de inmundicia, es deshonroso.

—Fuera discusiones, muchachos. Estamos aquí para defender el bistec con patatas. El barro divierte una vez, y la hicimos. No resulta, además se ensucia a los de primeras filas, y no vuelven.

—¡Ya está! —clamó, inspirado, Perkins, apodado «Tonelada».

Los demás le miraron, desconfiados. Nadie creía en la capacidad mental de Perkins, el glotón. Pero Lewis Topfer se hubiera agarrado a un clavo ardiendo. Dijo benévolo:

—¿Qué se te ha ocurrido, muchacho?

—¡Alternar con señoras! —dijo ingenuamente, redondo el rostro en sonrisa satisfecha, el luchador.

Su apoderado aclaró:

—Perkins quiere decir, que si entre cada combate nuestro, colocábamos a dos fieras femeninas de esas que patrocina Esther, tal vez podríamos llenar la sala los viernes.

Lewis Topfer mordió con saña su apagado cigarro. Dijo:

—Las vi luchar en Chicago. Mirad, muchachos, vosotros sois brutos pero sin maldad. Ellas son dañinas, malignas y no saben lo que es nobleza en el *ring*. En vez de dos deportistas parecen dos verduleras disputando con ansias de darse muerte.

—Yo estuve la primera noche en el «Golden», cuando debutaron las chicas de Esther —dijo uno de los apoderados—. Era de miedo. Se agotaron las entradas. A mí no me gustó, porque a mí la mujer me gusta por serlo, y aquello eran fieras.

—Pero, llenaban la sala —terció otro.

—Olvidáis un factor importante, amigos —sentenció Topfer—. De cada cinco espectadores de *ring*, dos son mujeres. No vuelven a otra velada, o si en la anterior han sido desagradablemente puestas

en evidencia. Van la primera vez por curiosidad, y ya no vuelven, ni tampoco sus maridos, novios o amantes, que las llevan a pasear al claro de luna, intentando ellas recuperar su prestigio poético derrotado por las luchadoras de Esther.

Lewis Topfer señaló con el dedo al equipo.

—Nos conviene, y pronto, encontrar algo fulminante que atraiga al público. Estoy tan al borde de la ruina, que se me ocurren ideas fantásticas. Hasta he llegado a pensar en un *ring* protegido por alambrada y tela metálica, metiendo un oso con las garras cubiertas de crin… No estaría mal.

—Pero iba usted a luchar con el oso, patrón, porque lo que es nosotros, ni hablar del peluquín —dijo muy convencido Perkins.

Y los otros, aprobaron con unánime cabezada. Lewis Topfer dio un puñetazo en la mesa:

—¡Hay que dar con algo! Si encontrásemos un luchador raro… algo parecido a un fenómeno de circo…

Uno de los apoderados se dio una palmada en la frente, y exclamó:

—¡Kirk Roket!

El empresario le miró interrogante:

—¿Quién es ése?

—Luchó hace años. Después se metió a cazador de fieras vivas. Anda por el Pacífico. Viaja a sueldo de la empresa de circo de Sarasota. Fíjese bien, Topfer… Si lograse encontrar ¡yo que sé!, un polinesio salvaje, uno de esos medio negros que antes comían carne humana, fuerte, ágil… Kirk Roket tiene buen ojo, y nos podría enviar unos cuantos tipos exóticos. Mejor aún, podría ir enseñándoles el reglamento por el camino, firmándole a usted una exclusiva por unos meses. Sería sensacional…

Lewis Topfer trazó en el aire un dibujo con el puro apagado. Dijo como si pintara un cartel:

—¡El Tarzán del Catch! ¡El salvaje gorila humano! ¡Caray, creo que vamos bien! Bastaría pasear por la ciudad, durante el día, al salvaje y sus iguales… No, si fueran varios olería a trampa. Mejor uno solo, pero que sea una verdadera bestia humana. ¡Diste en el clavo viejo! Pronto, pide la dirección de Roket a Sarasota. Mientras voy a redactar un cablegrama expresivo.

Los luchadores se despidieron para ir a sus alojamientos.

—Kirk Roket está en Nueva Guinea. —Anunció el apoderado sugeridor de la idea, colgando el teléfono, después de obtener la, conferencia con el cuartel de invierno del circo, en Sarasota—. Hay estación de cable y radio en Port Moresby.

Lewis Topfer levantó la estilográfica, contemplando con agrado lo que acababa de escribir. Anotó arriba:

«Port Moresby. Nueva Guinea. Kirk Roket», y leyó campanudo:

> *«Diga Condiciones Contrato Luchador. Salvaje Especial Atracción Para Nueva York Y Jira. Stop. Comunique Urgente Madison Lewis Topfer».*

Y para preparar el terreno, fueron apareciendo carteles luminosos, anunciando el próximo debut de un luchador salvaje, «un hijo de la jungla», virgen de civilización, «que luchará a lo primitivo, como si defendiera su vida contra ataques de las fieras».

Sin haber aún recibido respuesta, Lewis Topfer remitió otro cablegrama a una compañía americana de exportación en Nueva Guinea:

> *«Comuniquen Kirk Roket Cargando Gastos Cuenta Lewis Topfer Madison Urgencia Conteste Demanda».*

De Port Moresby un avión patrullero remontó el vuelo hacia el interior del valle Ramu, y dejó caer dos fardos con medicinas solicitadas por un puesto del río Markam.

En el fardo recogido por el oficial de la patrulla del más avanzado puesto, al límite con la región «incontrolada», había copia de los dos cablegramas remitidos por Lewis Topfer, y una indicación para que fueran comunicados al cazador Kirk Roket.

El oficial delegó en un sargento y dos soldados, la búsqueda de Kirk Roket, advirtiendoles:

—Roket busca fenómenos y tiene una autorización especial. Le acompañan Tamari y Kairi. Si no dan con ellos antes del límite sexto de la zona al norte, regresen.

El sargento y los dos soldados hallaron el rastro de los machetes de Roket, Tamari y Kairi, y a la segunda noche de camino, cuando,

estaban ya en plena zona incontrolada, oyeron la detonación retumbante, ampliada en forma de eco por todo el valle, de dos disparos de rifle de repetición, arma que sólo podía pertenecer a Kirk Roket, el buscador de fenómenos.

CAPÍTULO III

KONG

Kirk Roket, arrodillado, esperó. Tamari y Kairi se acurrucaron, para hundir el rostro en la hierba, adoptando la costumbre kanaka. Lo que no se ve, no mata de miedo.

El rugido era especial, para ellos no podía salir de garganta de tigre, sino de la monstruosa laringe del «brujo-perro», el ser de la montaña, que tiene el busto de perro y piernas de hombre.

No ataca a quien se prosterna cuando aparece. Pero es más temible que el tigre, si se enfrenta uno con su presencia.

Kirk Roket conocía la leyenda, sin creer en ella. Sabía que la selva inexplorada de Nueva Guinea contenía animales raros, pero tampoco ignoraba que el kanako posee una imaginación portentosa.

Aguardó, porque sabía ya a quien pertenecían aquellos dos ojillos fieros, rojizos. Un «puerco diablo».

Abundan los cerdos en Nueva Guinea, y son el manjar predilecto de los kanakos. Tanto es así, que un misionero tuvo un gran trabajo para convencer a las mujeres de una tribu que preferían dar el pecho a lechones en vez de amamantar debidamente a sus propios hijos.

El «puerco diablo», es un cerdo salvaje, mayor en talla que un jabalí y dotado de dos armas peligrosas: Un largo cuerno entre las dos orejas, afilado hasta terminar en fino remate penetrante, y sus cuatro pezuñas, poseedoras de aristas cortantes como hojas de afeitar.

Tiene además una acometida difícil de detener, porque salta en todos sentidos, pese a su volumen. Y la piel que rodea su carne es

callosa, formada, por placas, sobre las que una bala resbala fácilmente.

Como el rinoceronte africano, para matarle hay que introducir la bala en uno de sus ojos, o precisamente bajo el cuerno en un espacio no mayor de cinco centímetros, donde el duro hocico tiene el cerebelo mal protegido por piel blanda.

A la luz lunar, disparar en uno de aquellos ojillos o en el pequeño bulto peludo bajo el cuerno, era una proeza.

Kirk Roket había oído decir a su maestro, que el «puerco diablo» de Nueva Guinea, ataca taimado, pero furiosamente en embestida mortal, si está en celo.

Los sordos rugidos del monstruo acechando, ilustraron a Roket. Aquella pieza posible, emitía de vez en cuando, entre rugidos sordos, un pequeño chillido, característico en todas las fieras en celo.

Tamari y Kairi seguían arrodillados, sin alzar el rostro del suelo.

Se oyó tras el matorral un deslizamiento. Más que por la vista, Kirk Roket siguió con el oído el plan táctico de ataque. El puerco salvaje se desplazaba dando un rodeo.

Sus ojillos rebrillaron sanguinolentos, hacia el este. Kirk Roket dio un cuarto de giro… Recordó lo dicho por su maestro:

«El puerco diablo caerá a cinco pasos, distancia a la que le puedes alojar la bala en un ojo o bajo el cuerno. Si te falla el doble disparo, no tienes tiempo de apretar el gatillo por tercera vez. Y entonces, a rezar tocan, porque de nada sirve el machete contra el cuerno y sus pezuñas, que rajan las carnes con más hondura que una zarpa de tigre birmano. No te dejes engañar por su primera acometida. Acude embalado, pegando saltos. Si viene por la izquierda, puedes estar seguro que te embestirá por la derecha. Es un bicho traidor… un verdadero puerco marrano».

Tamari y Kairi invocaban a todos los fetiches, dioses, ídolos y protectores de la raza kanaka, sin abandonar su rendida postura.

De pronto cesó el rugido, y un silencio total invadió el círculo de matorrales. Pero Roket tenía el convencimiento de que el puerco diablo seguía allí, a treinta pasos, tras el seto de hojas negras y rojas.

Tamari y Kaíri ya no invocaban. Callaban, conteniendo la respiración. Kirk Roket había asistido a un terremoto, a un ciclón y

a dos erupciones de volcán.

Instantáneamente recordó que antes de estallar el ciclón, o abrirse la tierra, o vomitar lava a alturas enormes, en la atmósfera se producía una quietud especial.

El aire, las hierbas, los pájaros, todo dejaba de vivir, espectante. Y ahora, en aquel claro, ocurría el mismo fenómeno.

El puerco diablo dejaba de gruñir, contenía la respiración, igual que los dos kanakos. Era un instinto de siglos, no contaminado por la civilización, que advertía a los kanakos y al fiero jabalí, que algo sobrenatural se aproximaba.

Kirk Roket fue girando lentamente la cabeza, hasta que, al oeste, divisó una presencia espectral.

Era un ser humano, porque andaba sobre dos piernas, y su anatomía era perfectamente acorde al corpóreo aspecto de un magnífico atleta. Pero la luna daba aún más blancura a su piel desnuda. Una blancura lechosa, casi brillante, desde los largos cabellos hasta los pies. Vestía un corto faldellín de hojas fibrosas, y no era un kanako viejo. Mediría un metro noventa, y al andar se apoyaba en una larga lanza…

Pero era precisamente su modo de andar lo más impresionante de su apariencia, porque no pisaba el suelo, sino que parecía volar, aunque Kirk Roket, dedujo que aquel extraño ser, saltaba sin el menor esfuerzo desde un peñasco a una rama, y desde la rama a otro peñasco.

Cuando distaba apenas unos cinco metros del círculo de matorrales rodeando el claro, el extraño sujeto reveló a Roket otra particularidad.

Tenía los pies prensiles, como los simios. Sus plantas cogían las ramas como si fueran manos.

Quedó un instante suspendido cabeza abajo, asido por un pie, y balanceándose, fue a caer en el claro a la derecha de Kirk Roket.

Se irguió y fue entonces cuando el puerco diablo, enloquecido, se decidió a atacar. Surgió de los matorrales, dando corcovas y saltos como un caballo sin desbravar.

El largo cuerpo plateaba al reflejo lunar mientras a saltos laterales se dirigía hacia el de la lanza, el cual no esperó a pie firme, sino que con elástica contorsión, se lanzó hacia los matorrales, porque en aquel terreno liso era más fácil la presa para el jabalí

salvaje.

Corrió pasando como una exhalación junto a Kirk Roket, y al verlo, se sobresaltó, perdiendo pie y cayendo cuan largo era.

El puerco diablo bufó, reciamente lanzado hacia el cuerpo blanco tendido.

Kirk Roket apuntó, y olía ya el hedor del fiero animal, cuando apretó por vez primera el gatillo. Bajó un milímetro el cañón para repetir el disparo.

Un horroroso aullido atronó el claro, y el puerco diablo rebotó en el aire, sobre sí mismo, por dos veces. Al caer, apenas disipada la nube de humo de la pólvora, quedó agitando espasmódicamente las pezuñas…

Kirk Roket se levantó, humeante el rifle. En su orgullo de cazador, se olvidó de todo, para mirar tan sólo la pieza cobrada. Se aproximó, e inclinándose sobre el extraño animal, contempló el horrible hocico babeando sangre negruzca con hilillos rojos.

—Cabal —se felicitó Roket—. Los dos mejores tiros del mes, Kirk. La pupila izquierda y la base del cuerno. En pie, dos borricos asnos de kanakos. —Ordenó.

Tamari y Kairi se levantaron inmediatamente. Si les llamaba era porque todo peligro acabó. Miraron asombrados el puerco salvaje, y Tamari dijo con reverencioso tono:

—Tú ser rey blanco jungla, Master Kirk. Tú meter silbido de trueno de caña en puerco diablo. Eso ser milagro.

—Eso ser puntería, asno Tamari. ¿Dónde está el de la lanza? —preguntó Roket, buscando a su alrededor. Estaban los tres solos.

Los dos kanakos se miraron entre sí.

No ver nadie, master Kirk.

—Era un blanco, alto, desnudo, con una lanza.

Tamari y Kairi pensaron un momento, y dijo el primero:

—Comprender, comprender. Ser el último kanako muerto por puerco diablo, que salir de cuerpo y volver tribu.

—Al morir tigre salen de su cuerpo todos los
kai-kai
, y vuelven a ocupar la fosa abierta por amigos muerto. Eso ser así, y eso no poder negar nadie, ni tú, Master Kirk.

Impaciente, se encogió de hombros el cazador. En vano buscó a su alrededor, acercándose a los matorrales, mirando entre los

árboles. Aquel extraño sujeto había huido…

—¡Patrulla, master Kirk! —advirtió Kairi.

El sargento y los dos soldados acababan de aparecer. Miraron el puerco diablo, y el sargento llevándose la mano a la visera del casco de corcho saludó:

—Sargento Miller, señor Roket. Nos envía el oficial Smith, para que le entreguemos estos dos mensajes. Debemos regresar. Y enhorabuena, señor Roket, por su puntería. Es la primera vez que veo un puerco diablo abatido con sólo dos tiros. ¿Desea algo, señor Roket?

Otro cazador experimentado, hubiera apercibido que al ver a los tres de la patrulla, el cuerpo de Roket se había endurecido, como previendo un peligro.

Replicó, íntimamente tranquilizado:

—Gracias, sargento Miller. Buen regreso.

Los tres patrulleros se alejaron a gusto. Aquella región «incontrolada» tenía misterios infrahumanos que preferían desconocer.

Leyó Roket los dos mensajes de Lewis Topfer, del Madison, allá en una ciudad llamada Nueva York. Los retorció y con ellos encendió la cazoleta de su pipa.

—A dormir, kanakos. A dormir.

Se tendió, recordando sus tiempos de luchador. Varias veces, su ligero sueño, se interrumpió. Tenía la sensación de que alguien espiaba. Pero no veía nada, ni su sexto instinto lograba concertar el peligro.

Al amanecer reemprendió la marcha hacia el poblado Warriar, en el que según Tamari y Kairi, había «fenómenos», sobre cuyas rarezas se extendieron.

El jefe de los Warriar era
M’Vala
. Un guerrero poderoso, que cada tres lunas, convocaba a los jóvenes entre los doce y dieciséis años, para llevarlos a la iniciación. Cazaban, y si encontraban algún kanako de otra tribu lo descabezaba el más joven de la expedición, sustituido por el que le seguía en edad, hasta obtener la cabeza del extraviado.

—
M’Vala

tener bondad para Tamari —explicó Tamari—, porque la sobrina de un íntimo amigo de Tamari envió su hija más fuerte a M’Vala. Ser muy grande M’Vala. Tener ocho esposas jóvenes y cinco viejas. Tener veintiséis hijos hombres y catorce hembras.

Kirk Roket dejó de andar por el margen del arroyo. Estaba convencido de que alguien les espiaba, aunque los kanakos, de buen oído, no manifestasen la menor sorpresa.

Y tuvo una súbita idea. Preguntó:

—¿Cómo ser Kong?

—Ser feo, muy feo. Blanco, muy blanco, un «cronak». Muy malo, y descabezar cuando le da puri-puri.

El «puri-puri» era el argumento kanako, que desesperaba a los jueces. Al colonizar la isla, por su litoral, erigieron un patíbulo, para terminar con caníbales y asesinos.

Trataban de convencer de que matar era contrario a la ley blanca. Y tenían que absolver casos estremecedores, como el del que, al recibir de su mejor amigo el regalo de un hacha, se la hundió en el cráneo, matándolo.

Al ser interrogado, contestó muy convencido de su razón:

—Preciso ver si hacha ser buena y si valía puerco que regalé a mi querido amigo año antes. Ser «puri-puri».

O el que, importunado en su sueño por el llanto de sus dos hijos, se levantó y con un solo golpe de maza aplastó la cabeza de su tercera esposa:

—Esposa tercera no cumplir deber dejar dormir guerrero. «Puri-puri». Y el que abrió el vientre de su primera esposa, y después miraba extrañado al juez que le preguntaba:

—¿Es que tu buena esposa iba con otros?

—No tener tiempo. Trabajar mucho y bien, Master.

—¿No te dio hijos varones?

—Tres muy fuertes, Master.

—¿Estaba enferma? —argumentaba el juez, buscando «razones» defensivas.

—Ser fuerte como yo, Master.

—¿Practicaba brujerías?

—Nunca ser bruja. Ser muy buena.

—¿Te aconsejó otra mujer matarla?

—No. La maté yo solo, Master.

—Pero ¡condenado kanako!, si era sana, fiel, aplicada, joven, y no era bruja ¿porqué la mataste?

El kanako se encogió de hombros:

—No saber. Yo estar triste.

—¿Triste, por qué?

—No saber. Ser «puri-puri».

Aquello para ellos lo justificaba todo. Si el juez hubiese sentenciado la horca, los demás kanakos se habrían rebelado. Y se creó la nueva ley.

Todo kanako que en «puri-puri» matase una, vez, estaría obligado a llevar constantemente entre los crespudos cabellos, un disco de metal, llamado «homycidal».

Si se lo quitaba iría a la horca. Si volvía a matar, a no ser en defensa propia, iría a la horca.

Kirk Roket ahuecó alrededor de su boca las dos manos, y gritó:

—¡Kong!

En la cuenca del arroyo, entre peñascos y tupida vegetación, por tres veces el eco clamó:

—Koooonnngggg…

Los dos kanakos rodaron las blancas órbitas de los ojos, mirando por todas partes con temor.

Repitió Roket su grito, y por intuición, colocóse el rifle en bandolera, al hombro.

Tamari y Kairi, a la vez, se echaron de bruces escondiendo el rostro en la hierba mojada.

Kong acababa de surgir, saltando de un árbol, al otro lado del

arroyo, a unos cinco pasos.

El sol a través de las ramas iluminaba claramente al extraño kanako. Era un «albino» de pestañas y cejas blancas, y claras pupilas casi transparentes. Su musculatura era formidable…

Kirk Roket sonrió, alzando la diestra abierta.

—Yo Kirk Roket, yo Master Roket —dijo tocándose el pecho—. Tú ser Kong.

El salvaje dio dos pasos más entrando en el agua. Tamari y Kairi, a rastras, fueron alejándose apresuradamente.

Se detuvo el albino en el centro del arroyo. Dijo roncamente:

—Yo Kong, tú Master Kirk.

—Tú no entender, ¿o entender?

—Misionero me enseñó tu lengua, Master Kirk. Y yo la hablo mejor sucios kanakos que contigo andan, sin servirte para nada, porque huyen y son cobardes mujercillas.

—¡Cáscaras! —rió Roket—. Pero si hablas como un yanqui, Kong. ¿Por qué me seguías sin asomarte?

—Tú me salvaste anoche cuando yo de asombro al verte caí. Si tú no enciendes tu junco de trueno, el puerco diablo me hubiese hundido el cuerno. Pero yo le habría matado, tan pronto me hubiese cogido a un árbol. En tierra lisa, el puerco diablo tenía la ventaja.

—¡Es maravilloso, Kong, maravilloso!

—Estuve desde los diez hasta los quince años ayudando al misionero que me enseñó inglés, Pero misionero murió, y yo de pena huí de la selva. Misionero se te parecía, Master Roket.

—Acércate más, Kong. Es costumbre nuestra estrechar la mano de quien es amigo.

Kong adelantó otros dos pasos, y frente a Roket, se irguió, mientras dejaba caer al suelo su lanza.

—Sí tú estrechas mi mano, tus kanakos sucios y cobardes, huirán, abandonándote, porque yo para ellos soy un brujo.

—Mejor voy contigo que con ellos, Kong. Dame la diestra.

En silencio, Kong soportó el apretón vigoroso. Después dijo:

—Manda, Master Kirk. Mi vida es tuya. Cuando me digas ven vendré, si me ordenas irme, me iré. Te pareces al misionero Patrick. Él llevaba barba más larga que la tuya, que es de pocos días.

Curioso, Kirk Roket se sentó, señalando ante él un sitio.

—Siéntate, Kong. ¿Por qué te llaman Kong?

—El misionero Patrick me bautizó Patrick, pero los kanakos me llaman Kong, que es un grito de guerra de la tribu de mi padre, que murió guerreando contra los blancos. Me abandonaron porque yo nací de color blanco, y el sol nada puede sobre mi piel.

—Hablas con inteligencia, Patrick.

—Al morir misionero, yo en la selva, me llevé sus libros, y siempre los leo, y en voz alta hablo como si él estuviera conmigo. Ahora me gusta hablar contigo, Master Kirk.

—¿Por qué no has ido a la costa?

—Porque en la selva estoy mejor. Pero si tú me lo mandas iré a la costa, Master Kirk.

Kirk Roket entoriló los párpados. Sabía que aquel kanako era ya su esclavo, que no discutiría nada de lo que le ordenase, era el suyo un agradecimiento primitivo, infalible.

—¿No te gustaría conocer el mundo blanco, Patrick? ¿Sus ciudades?

—Decía el misionero Patrick, que los pocos sabios blancos iban a una selva tranquila llamada campo, y que los locos vivían en hormigueros llamadas ciudades.

—De todo hay, Patrick.

Llamó Roket:

—¡Tamari, Kairi, asnos borricos, venir aquí, pronto!

Habían los dos kanakos dejado los fardos en el suelo, al aparecer Patrick Gong. Éste hizo un signo negativo con la cabeza:

—Tú me has escogido a mí por criado, Master Kirk. Los dos sucios y cobardes kanakos, corren ya lejos.

—Bien. Cuando les tropiece les daré un par de puntapiés. Yo voy hacia el norte, Patrick. Busco… Escucha… ¿has oído hablar de un circo?

Explicó pacientemente. Al final, Kong dijo:

—No era preciso venir aquí, Master Kirk. Encentrarás hombres y mujeres extraños, como buscas, en la misma costa, cerca de Port Moresby. Se esconden de los demás, y si un blanco se acerca, huyen al interior de cavernas. Si vas al norte, el guerrero
M’Vala
saldrá, y está en la luna de matanza. Y al Este hay lepra. Al Oeste los mismos kanakos van a buscar esta picadura de cristal con

líquido, llamada inyección, porque tienen dolores agudos en el vientre. Tendrás que esperar varias lunas, Master Kirk.

CAPÍTULO IV

MAISY ROBERTS

Al dirigirse hacia el avión, en el aeródromo de Port Moresby, Kirk Roket preguntó:

—¿Tienes miedo, Patrick?

—Un poco, pero en tu compañía voy donde sea, Master Kirk. Estos pájaros de metal, se llaman aviones, y el misionero aseguraba que eran más peligrosos los automóviles.

Las varias escalas de la travesía habituaron a Patrick al traqueteo rumoroso, y al súbito vacío estomacal, que se experimentaba al levantar el vuelo y aterrizar el avión.

Kirk Roket, en el bar de un aeródromo donde servían dos camareras bonitas, mulatas francesas, sonrió. Hasta entonces, Patrick Kong no había manifestado el menor interés hacia las blancas, pero aquellas dos mulatas le atraían. Respiraba fogosamente…

—Cuidado, Kong —dijo en voz baja Roket—. No hay que mirar así a las mujeres. No estamos en la selva. Recuérdalo.

—Como mandes.

Cayó con visible esfuerzo, Patrick Kong sé miró los zapatos de lona, que pose a su anchura y comodidad, le molestaban.

El avión llegó al fin a su destino, en la riente y hermosa bahía de Honolulú, en realidad la primera ciudad en su recorrido desde Port Moresby.

Anochecía cuando el avión se posó en el anchuroso y enorme campo de aterrizaje. Poco después, Kirk Roket tomaba una doble habitación comunicante en el Hotel Hilton.

—Tú te quedas aquí, Patrick.
—Como mandes, master.
—Regresaré tarde. Duerme si a las diez no estoy aquí. Voy a visitar a una familia amiga: la familia Roberts.

* * *

La familia Roberts, compuesta de tres miembros, causaba la admiración y provocaba la simpatía de cuantos la trataban.

Los tres viajaban mucho, huyendo de los fríos inviernos. En los registros de numerosos hoteles, constaban los datos de la familia Roberts.

El cabeza de familia:

«Graham Roberts, cuarenta y dos años, nacido en Houston (Texas), casado, de profesión rentista».

Ella, la esposa, inválida, constaba como:

«María Ximénez, treinta y seis años, nacida en Acapulco (México), casada, nacionalizada norteamericana».

Y la única hija:

«Maisy Roberts, veinte años, nacida en Honolulú».

En las estaciones balnearias eran conocidos los Roberts como ricos rancheros tejanos, que huían de los fríos invernales, en constante intento de devolver a la bellísima inválida el uso de sus miembros inferiores, rígidos por una especie de parálisis reumática.

Eran un trío romántico. La historia del tejano Graham Roberts, era contada y repetida con agrado. Siempre vivió en sus ranchos, hasta que veintiún años antes, visitó Méjico, enamorándose de María Ximénez.

Se casaron, efectuando el viaje de bodas a California, islas del Mar del Sur y Hawai, donde nació Maisy. Regresaron a Texas, donde enfermó María, y desde seis años artes, con paciente cariño, Graham Roberts, dejando sus ranchos en manos de honrados capataces, empujaba la silla de ruedas de su esposa, llevándola de Acapulco, en Méjico, a Santa Bárbara, en California, y a Honolulú, según las estaciones.

Era de admirar la sonriente resignación de María Ximénez, y la alegre unión que reinaba entre, los tres. Y la «nena Maisy» como le llamaban sus padres, era un prodigio de amable sencillez, leyendo a

su madre libros y revistas, contemplados por la apacible mirada de Graham Roberts, el ranchero tejano.

Muchos eran los pretendientes que tenía la «nena Maisy», no sólo porque fuera multimillonaria, sino porque era de una belleza suave, exótica, con sus rasgados ojos, su breve naricilla, su boca femenina en su henchida curva, la esbeltez bien modelada de su ágil cuerpo.

Pero «nena Maisy» declaraba que había hecho voto de no casarse hasta que su adorada madre recuperara la salud. Aunque el tejano, cuando algún pretendiente se lamentaba, solía replicar con su acento cansino y de deje arrastrado, como si le costara esfuerzo hablar:

—No desesperes, muchacho. La «nena Maisy» algún día se enamorará.

Este ánimo sólo lo daba a jóvenes oficiales navales y aviadores… Kirk Roket hubiera podido hablar de la familia Roberts en tonos muy distintos a los habituales de elogio en los lujosos lugares de veraneo invernal.

Pero nunca pensaba hacerlo, porque esto equivaldría a delatarse a sí mismo como uno más de los, componentes de la Red del Dragón Rojo.

Y además, estaba cuerpo y alma rendido a
Meih-si
Tien-Wuhu
, nacida veinte años antes en Shangai…

Tres años antes, Kirk Roket era por completo un hombre libre, aventurero, hasta que en una playa de Nueva Zelanda, al sur de Australia, vio por primera vez a la familia Roberts. Le explicaron unos viajantes que era la familia de un ranchero tejano, buscando climas suaves para la hermosa inválida del sillón de ruedas.

En una partida de «*póker*» conoció a Graham Roberts, que se mostró muy interesado ante su profesión de cazador de fieras vivas.

Después conoció a la «nena Maisy», y sin superstición, sin debilidades, sucumbió a un encanto que le sumía en abismos de sensaciones ante la oriental y refinada criatura de diecisiete años.

Supo que, desde muchos años antes, ella pertenecía a la Red del Dragón Rojo, una secta cuyos jefes traficaban con secretos bélicos de todas las naciones.

Supo que Graham Roberts era tejano, y que los ranchos que poseía le fueron comprados por la Red del Dragón Rojo. No era su padre, ni tampoco la mejicana era esposa de él, ni madre de Maisy.

Tres aventureros excepcionales, en quien la Red confiaba plenamente. Y Kirk Roket aceptó lo que le propuso Maisy. Le impulsó a ello, no el afán de dinero, sino el de aventuras, y por encima de todo acicate, la delicia de amar con todas sus fuerzas a la espiritual muchacha, que al abandonar sus ropas europeas y revestir el holgado kimono, tenía delicadezas y secretos que esclavizaron al cazador.

Tres años en que la vio en conjunto seis veces. Cada vez con renovado anhelo, y en cada regreso, orgulloso de que ella le manifestase su admiración ante los planos obtenidos de lejanas bases del Pacífico, de armas secretas experimentadas en selvas y atolones.

Kirk Roket se encaminaba hacia la casa propiedad de la Red del Dragón Rojo, pero inscrita a nombre de Graham Roberts. Una casa erigida, al final de la media luna de una playa, al norte de la ciudad.

Palmeras, blando susurro del mar, arena finísima, unas puestas de sol únicas, noches frescas y el mágico conjuro de los bellos paisajes.

No tenían servidumbre. Comían en hoteles, restaurantes de lujo, y siempre mirados con simpatía, porque la inspiraba el alto y bronceado tejano empujando el sillón de su bellísima esposa. Kirk Roket sabía que algunos oficiales se suicidaron, que magnates de la industria murieron misteriosamente, y que ciertos invitados de la familia Roberts, sufrieron en lejano lugar accidentes mortales.

Suicidios, envenenamientos y asesinatos tenían la firma invisible de la Red del Dragón Rojo, y eran sus ejecutores Graham, María o Maisy.

Pero en ello no paraba mientes Kirk Roket. La ley de la jungla le había acostumbrado a una verdad: la Naturaleza era implacable, y los débiles, sucumbían. Eso sucedía en pleno Borneo y en las calles de Nueva York. Variaban los métodos nada más.

Entraba ya en la alameda, cuando surgió Graham Roberts. Dos nombres que le pertenecían legítimamente. Vestía *smoking* blanco, y era un hombre guapo, que a menudo accedía a las invitaciones de

flirt, si las que le invitaban eran esposas, o familiares de personajes encasillados para presentes o futuras actividades ordenadas por la Red.

—Felices los ojos, Kirk —saludó el tejano, estrechándole la diestra con campechanía. Una campechanía proverbial, que hubiese engañado al más psicólogo—. Vamos dentro. Te estábamos esperando para cenar.

María Ximénez se sentía orgullosa de su gran parecido con Dolores del Río. Estaba a solas, y dijo:

—Bienvenido, Kirk. Una cena ligera. Conservas, fruta y…

—¿Maisy? —atajó Roket. Daba, a entender que entre ellos sobraban los disimulos de sus caracteres verdaderos.

—Unos instantes. Está atendiendo una visita intempestiva.

Los negros ojos de la mejicana brillaron, mientras abandonando su sillón, se ponía en pie, andando hacia la mesa. Explicó:

—Las aguas sulfurosas de un manantial de la montaña, me han ido perfectamente, Kirk. Todavía no me ha visitado el médico.

—Una parálisis intermitente —dijo Graham Roberts—. Pero preferimos no hablar de eso en estos momentos en que María dispone de sus piernas, las más bellas del mundo.

Impaciente, Kirk Roket, sin sentarse, acepté el coktel que le ofrecía la mejicana. Ella, insinuante, le sonrió amablemente:

—Esta noche me inspiras ideas románticas, Kirk. Pasearía contigo muy gustosa cerca del mar, bajo las palmeras.

Rió Graham Roberts:

—Yo creo que María está molesta contigo, Kirk, porque nunca le has dedicado un piropo.

—¿Qué está haciendo Maisy?

—Tal vez puedas ayudarla. Es un caso difícil. Resulta que a un hawaiano, criado del cónsul francés, le pareció ver que María, en una fiesta a la que fuimos invitados, se quedaba demasiado tiempo en la biblioteca. Concibió sospechas, y tuvo la prudencia de pedirme dinero, alegando que posiblemente «mi esposa» tenía cleptomanía… Ya sabes, la manía de robar, que se llama así porque quien roba es rico. La vio muy cerca del cofre disimulado tras un estante de libros. Yo le dije que había hecho muy bien en no hablar de ello a nadie. Que pasara esta noche por aquí, que le entregaría diez mil dólares. Ha venido, y Maisy trata de averiguar si cree en la

cleptomanía, o sospecha que María buscaba el último tratado firmado entre Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, acerca de la cooperación naval del oeste del Pacífico.

Un timbre resonó, y Graham dijo:

—Maisy nos llama.

Sintiendo que su corazón latía aceleradamente, Kirk Roket siguió al falso matrimonio. Atravesaron dos salas, hasta llegar al elegante despacho.

Un hawaiano de rostro ancho, obsequioso, se puso en pie y saludó. Maisy Roberts, alta, esbelta, de largos cabellos negros, vestía un ceñido y sedoso ropaje amarillo. Un vestido de noche que parecía un prodigio del arte modisteril, una túnica casta a instantes, erótica según la postura que adoptase.

Sus rasgados ojos sonrieron mirando a Kirk Roket.

—Bienvenido, Kirk. Me alegra verte, Kirk. Puedes hablar sin miedo alguno, Berk. El caballero es familiar.

El hawaiano eligió sus palabras cuidadosamente:

—La señora perdonará mi atrevimiento, pero si humildemente, yo aviso al señor cónsul mi amo, la honorable familia Roberts se habría visto importunada. He dicho a la señorita que este mediodía el señor cónsul mi amo, creyó ver en cierto documento un trazo que no era natural. Yo le oí decir que parecía como si alguien hubiese calcado el único mapa de aquel documento, que la noche anterior estaba en su cofre fuerte. Sospechan. Pero yo nada diré. Sé que el señor Roberts es generoso y pagará mi humilde silencio eterno.

—Bien hablado, Berk. Tu silencio eterno.

No había acabado de pronunciar lo anterior, cuando Graham Roberts saltó sobre el hawaiano, asiéndole por la garganta. Apretó, derribando al suelo al criado del cónsul francés.

María Ximénez hizo un gesto de fastidio, yéndose. Kirk Roket no miraba. Sólo tenía ojos para Maisy, la cual le asió la diestra, llevándosela a sus labios.

—Mi amor ha vuelto. Soy feliz —susurró.

Y Kirk Roket paseó bajo las palmeras, siendo un trémulo enamorado durante una media hora que le pareció el breve soplo de un segundo.

—Volvamos a casa, Kirk. Tenemos que oírte, y cuando termines, volveremos a pasear. Nos bañaremos allí, en el manantial.

María Ximénez bostezó cuando los dos, tras entrar, se sentaron juntos al otro extremo de la mesa.

—No tardará Graham. Podemos ir cenando.

Quince minutos después llegaba Graham Roberts. Se sentó, sirviéndose un vaso de jugo de distintas frutas remozado con ginebra. Bebió voluptuosamente.

—Fue sencillo. Hoy me informé discretamente sobre Berk. Por las noches va a visitar a su esposa, que vive al sur de la ciudad. Dicen que Berk de noche se desquita bebiendo mucho. En el trayecto, en el coche, le hice ingerir «sake», su predilecta bebida. Cayó a plomo en la caleta con rejas metálicas. No convenía que ningún tiburón hiciera desaparecer sus restos. Llevaba en el bolsillo de la americana una funda impermeable, con la copia del mapa. Cuando lo saquen, el cónsul respirará. Se atribuirá la muerte de Berk a un paso en falso, yendo a dormir a su choza. Estaba muy bebido, comentarán.

—Ya sabernos que eres hábil, Graham, pero ahora es Kirk quien tiene que hablar.

Kirk Roket, invitado por la suave presión de los dedos de Maisy alrededor de su muñeca, dijo:

—Puedo garantizar que no se han efectuado pruebas de la «Napalm 4» en el Mar de Coral. La última bomba experimentada fue la «Napalm 1» en el «atoll» de Tikopid. Echaron seis, y a cada impacto, el atolón fue disminuyendo de altura, hasta quedar a ras de agua. Pero era la «Napalm 1» y por lo tanto, esta vez mi viaje, casi ha sido inútil.

—Por eso te llamé —dijo Maisy—. Hemos sabido que no experimentarán la «Napalm 4». Cité en el cablegrama Pensylvania porque como sabes tiene allí la Red intereses en las minas de carbón y en las explotaciones siderúrgicas, a nombre de Graham, del que figurarás como enviado. Pero interesa que te reúnas conmigo, de momento, en Nueva York, y que tu llegada allí sea natural, como la mía.

Explicó Roket su hallazgo de Patrick Kong, y la petición de Lewis Topfer.

—Magnífico —decretó Graham Roberts—. Tienes suerte, Kirk. Con este luchador podrás desplazarte, exhibiéndolo, donde interese que vayas. Maisy te lo irá indicando.

—Un oficial que no resistía mucho la bebida, o tal vez estaba embriagado con la mirada de Maisy —aclaró María Ximénez, con cierto retintín rencoroso—, dio a entender que la «Napalm 4», había sido diseñada por un ingeniero que reside en Nueva York.

—Bien. ¿Cuándo nos vamos a Nueva York, Maisy? —pidió Roket.



—Nos encontraremos allí, Kirk. Cablegrafía al empresario que

dentro de cuatro días estarás allí. Yo cogeré el avión siguiente, Kirk.

A la media noche, Kirk Rok entraba su alcoba. Estaba contento. Estaría en Nueva York, y en compañía de Maisy, hasta conseguir el informe completo sobre la «Napalm 4», la poderosa bomba, de fácil transporte. Ya se desnudaba, cuando en la puerta de comunicación apareció Patrick Kong.

—¿Buenas noticias de la familia Roberts, *master*? Estás contento, y te oí silbar entre dientes.

—Sí. Buenas noticias, Patrick. Mañana salimos para Nueva York. Un largo viaje por encima de los Estados Unidos. Y tú vas a ser la atracción sensacional de Nueva York.

CAPÍTULO V

GONGO KONG

Lewis Topfer había ya destrozado cuatro habanos, esperando la visita de Kirk Roket, que llamándole por teléfono, le citó en el «Madison», anunciándole vendría acompañado de su «hallazgo».

Saltó, al empujar la puerta Kirk Roket, tras el que venía Patrick Kong, vestido normalmente, recortado el blanco cabello.

—No diga nada, Topfer. Déjeme hablar. Usted no ve nada especial en Kong. Pero verá cómo será una atracción de taquilla. Yo he mandado ya a los periódicos un artículo sobre como «cacé» a Kong. Tengo fama de cazador, Topfer, y a mí artículo lo respaldan unas declaraciones de los Oficiales de patrulla de Nueva Guinea, hablando del kanako Kong, el albino, que ha vivido en la selva, aterrorizando a los guerreros, destrozando a cortadores de cabezas…

Patrick Kong escuchaba con indiferencia. Para él lo único que importaba era contentar siempre a Roket, que proseguía:

—Kong no quiere luchar por dinero. Kong se limitará a revestir la piel de tigre, y demostrar en el *ring* que no hay un solo hombre de la raza blanca que lo venza, Kong conoce todas las llaves y contrapresas de la lucha. Sabe que no ha de matar ni destrozar, sino quitar el sentido a sus adversarios y obedecer a mi voz, para no ensañarse en el adversario.

—Ya bien como propaganda, ¿y qué más, Roket?

—Kong posee una llave secreta, temible, de la que pocos luchadores podrán defenderse. Kong, quítate los zapatos.

Con evidente alivio se quitó los zapatos el kanako.

—Kong, saluda al señor Topfer como te he dicho.

Lewis Topfer, antiguo luchador, inició una contrapresa, cuando alzando la pierna derecha, vio que Kong parecía quererle acariciar con el pie su brazo.

Gimió asombrado. El pie derecho de Kong le asía los dedos de la diestra, apretándole igual que si fuera una manó…

—Bien, Kong. Hazme el favor de meditar unos instantes. —Y Roket señaló la gruesa barra que servía para sostener una cortina en un rincón del despacho.

Patrick Kong dio cuatro pasos con los pies desnudos, y de pronto, una fantástica voltereta sobre sí mismo. Quedó suspendido de la barra por el pie izquierdo, cabeza abajo, balanceándose…

—Bien, Kong. Ven.

Sumiso, el kanako quedó de nuevo en posición normal, acercándose. Lewis Topfer exclamó:

—¡Entrenamiento público a partir de mañana, Roket!

—Sí, pero espere, que no ha visto todavía de lo que es capaz Kong. La presa saltarina, Kong.

El kanako se dejó caer sobre las espaldas, en alto los dos pies. Kirk Roket saltó, quedando sentado sobre los dos pies, y de pronto, empezó a rodar por el aire…

Los pies le cogían con delicadeza, le daban vueltas, lo soltaban, lo volvían a coger en el aire… Una vez era el derecho rodeando su cuello y el izquierdo un muslo. Otra, asido por un tobillo y empujado por los riñones…

—Bien, Kong.

En pie Roket y el kanako, Lewis Topfer, mordiendo su cigarro, dijo:

—Un filón de oro, Roket, Vamos a tratar el asunto.

—Kong, espérame fuera y no te muevas.

Salió el kanako. Topfer gruñó:

—Le obedece como un perrillo, Roket.

—Le salvé de un mal paso, y está deseoso de devolverme el favor. Lo que le diga, hará.

—¿Qué condiciones?

—Mientras esté en Nueva York, el diez por ciento de taquilla.

—Aceptado, Róket. ¿Un contrato por tres meses?

—Sin tiempo. Tanto puedo estar aquí tres meses, como dos

semanas o medio año. La exclusiva para usted, mientras estemos en Nueva York.

—Indudablemente tiene cara de salvaje criminal. Casi mete más miedo que si llevara plumas y fuera negro de piel. Parece un ahogado, tan blanco. Oiga, ¿y si le afeitáramos el cráneo? Sería espléndido. Algo verdaderamente impresionante, con la piel de tigre por taparrabos. Se le podrían pintar unos tatuajes…

—Tal como está, basta. No hace falta adornarlo. El público verá enseguida que Kong es un salvaje kanako.

—¿Y un batín de piel de serpiente?

—Bueno.

—Hay que buscarle un nombre recio, que suene algo así como a tambores, en la jungla… Veamos… Kong no queda mal. Recuerda la película aquella de King Kong, el gorila gigante. Pero es corto, demasiado breve… ¡Tarzán Kong!… Se enzarza en la garganta.

—No se devane la sesera, Topfer. Yo he encontrado lo que busca, y también he oído los tambores en la jungla. El mejor apelativo para el kanako es Gongo Kong.

Lewis Topfer hizo redoblar en su garganta el doble nombre, y aprobó satisfecho:

—¡«Okey»! Mañana a las cinco de la tarde, en el local de entrenamiento público, se exhibirá Gongo Kong. Sea buen chico, Roket. Deje que le afeitemos el cráneo. Estos blancos cabellos en un *ring*, no son llamativos.

—Bueno. Le afeitarán el cráneo a Gongo Kong.

—¿Lo tiene en el puño, eh, domador? —rió eufórico Topfer.

—Coloque en la sala de entreno unas barras que finjan ser ramas. Si puede dar una sensación de selva, verá lo bueno, cuando Gongo Kong ande por las barras como si pisara asfalto. Y ahora, ¿quién le pondrá de rival en la primera velada?

—Está «Tonelada» Perkins, ciento cuatro kilos. ¿Los levantará Gongo Kong?

—Con los pies levanta la cama en que me echo. Es una fuerza selvática, Topfer. Nada de músculos gimnásticos, sino pura fibra.

—Oiga… pero que no vaya a matar a ninguno de los muchachos.

—Basta que yo le llame por su nombre, y no habrá peligro. De todos modos ya puede prevenir a Perkins que saldrá disparado hacia la tercera fila de butacas, cuando menos, al primer asalto. Y

por lo tanto, conviene realizar la propaganda a base de que Gongo Kong, reta a cualquier luchador mundial, a que le resista un solo asalto.

—Le advierto que tengo a Caro Rigi, que es una lapa. Y a Hans Berdorf que si se siente kanako, ya pueden echar a correr en Nueva Guinea.

—Y yo entiendo tanto como usted de lucha, Topfer. Si «Tonelada» Perkins no va a aterrizar a la tercera fila de butacas, empujado por los pies de Gongo Kong, yo no soy Kirk Roket Y le digo más. El segundo combate lo aceptamos a base de dos contra Gongo Kong. Obtenga licencia de la Sección de Espectáculos. El tercer combate contra tres…

—Magnífico, Kirk, pero veremos primero como trata a «Tonelada». Pongamos dos asaltos. En el primero, ordénele a Kong que haga las presas normales, y en el segundo que trabaje con los pies. Tampoco conviene que esté en el *ring* unos segundos.

Al salir, Kirk Roket cogió por el codo a Kong.

—Vamos, Patrick. En pocos meses tendrás dinero para vivir como un gran señor. Ahora te voy a llevar a un buen *cabaret*, para que oigas música, y si no te sientes transportado a plena selva, es que estás sordo.

En la calle 52 Oeste, el club de noche «Uptown», instalado en el tercer piso del número 64, era un ejemplo indiscutible de que el baile más epiléptico puede tener muchos discípulos en Nueva York. Esta afición por aprender los pasos cada vez más extravagantes de las nuevas danzas, ha enriquecido a Arthur Murry, el propietario de las doscientas quince academias de baile.

El «Uptown» debía su éxito a una innovación. Sus cuatro orquestas invisibles tras un velo en cada lado de la vasta sala, atacaban ritmos diferentes por turno.

Si se trataba de un «bugui», aparecía primero en la pista, una pareja profesional, y se lanzaba a demostrar el gran ejercicio que era aquel baile.

Después, el mismo «bugui» era repetido, y en la pista entraban los aficionados, tratando algunos de imitar a la pareja profesional.

Si se trataba de un ritmo lento, la pareja era lánguidamente matemática en sus giros y sus evoluciones.

Después, la tercera orquesta atacaba un compás casi normal. Y

por último, sonaban los afrocubanos lamentos del danzón, el mambo, y demás imitaciones del negro en su selva.

Al llegar Roket y Kong, las cuatro orquestas reposaban, porque los altavoces daban las noticias de última hora, y el presidente Truman debía radiar un discurso especial.

Una muchacha de falda cortísima, altos tacones, blusón verde y gorrito ladeado picarescamente, recogió los dos abrigos y entregó dos fichas.

Comentó mientras un camarero llevaba a los dos a una mesa:

—Vaya tipos más Tarzanes. Viste. ¿Olenda? El más alto no tendrá más de veinte años, y tiene todo el cabello blanco y las pestañas como las cejas. Algo raro. Ni me miró.

En la mesa, Patrick Kong susurró:

—¿Puedo quitarme los zapatos, *master*?

—Nadie te ve los pies, Patrick. Adelante. Traiga dos cremas calientes y batidos tibios de nata y fresa —pidió al camarero.

* * *

Había por la sala mujeres bonitas. Pero Patrick Kong lo miraba todo con indiferencia. Las mujeres blancas eran feas a su modo de ver.

Cesó la radio, y una orquesta atacó el bugui. Kirk Roket miró a Kong, que movió los hombros, arrugando las cejas… En la pista, la muchacha profesional saltaba por encima de los hombros del bailarín.

Patrick Kong contemplaba las evoluciones de la pareja de bugui, con cierto asombro. Al terminar, y cuando entraban numerosas parejas en la pista, dijo:

—Son tan ridículos como el caimán que pretende ser águila. No me gusta.

Siguió el vals lánguido, y apareció una bailarina, envuelta en gasas flotantes, describiendo lentos giros. Patrick Kong comentó:

—Tiene «puri-puri». Está triste y es muy fea.

—¿Fea? Es una de las rubias más bonitas que he visto. Espera un momento, y no te muevas para nada. He visto a un periodista que

conozco hace tiempo.

Quedó solo Patrick Kong. La tercera orquesta siguió provocando en la mente primitiva de Kong la idea de que la gente tenía «puri-puri».

Y tras de unos segundos de silencio, un tambor empezó a redoblar repicado por la mano de un cubano. Empezaba la rumba.

Kong se estremeció. En la pista acababa de entrar la bailarina Norah Hazel, la Tanagra de Ébano.

Norah Hazel tenía la piel de un negro brillante y lustroso. Blanquísimos los ojos y dientes, muy rojos los sensuales labios que proclamaban su cuna africana.

Cubría los crespos cabellos con un ancho lazo rojo de lunares. Su roja falda abierta, dejaba ver las esbeltas piernas ágiles.

Se contoneaba al compás de la rumba, chispeando ojos y dientes en su tez negra. Patrick Kong agachó la cabeza, gruñendo…

Las kanakas bailaban más agriadamente, pero a un compás parecido, cuando en la danza de celebración solicitaban marido.

Patrick Kong apartó la mesa, y se puso en pie.

Todo ocurrió en breves instantes. Fueron cinco saltos, de mesa en mesa, y por fin Patrick Kong en la pista levantó en vilo a Norah Hazel…

Las luces se encendieron, las mujeres gritaron, varios camareros acudieron, saliendo despedidos por el suelo con empujones de los desnudos pies del kanako, que apretando contra su pecho el cuerpo de la bailarina negra, saltó de nuevo de mesa en mesa, hacia una de las ventanas. Llegaba ya al reborde, cuando Kirk Pioket, clamó estentóreo, a voces como latigazos.

—¡Kong! ¡Kong! ¡Kong! ¡Quieto!

Norah Hazel estaba desmayada. Un torbellino de gente pretendía linchar al kanako, mientras luchando a brazo partido Kirk Roket, tras conseguir que Kong soltara a la bailarina, lo llevaba a un rincón, mientras el periodista levantaba los brazos, tratando de contener a los irritados concurrentes.

—Bestia —dijo torvamente Roket, sacudiendo por las solapas al kanako.

—Ella me llamó, *Master*, me llamó.

Cuatro policías uniformados acudían. Eran de un coche patrulla,

alertado por el gerente.

—Andando —dijo uno de ellos, tocando con su porra en el hombro de Kong y en el de Roket—. Andando sin rechistar.

—Calla —dijo Roket—. Calla y andando, Kong.

En la comisaria, el sargento de guardia, masculló, tras oír el informe:

—Intento de rapto, escándalo público, agresión a camareros… ¡y bebían leche tibia, nata y fresa! No están borrachos siquiera. ¿Qué clase de energúmeno es este hombre?

—Escuche sargento. Se trata de un mal entendido. Yo soy Kirk Roket, el proveedor de fieras vivas del circo de Sarasota. Éste es Kong, un kanako de Nueva Guinea, albino, que se confundió, y al oír la rumba creyó que eran tambores de selva.

El sargento, desde su elevado sitial, tendió por encima de la mesa un dedo acusador hacia Kirk Roket:

—¿Fieras vivas, kanakos, tambores de la selva? ¡A la celda con ellos!

Sonó a su lado el teléfono. Escuchó, conteniendo con una mano a los policías que colocaban ya sus diestras sobre el hombro de Kong y de Roket.

Al término de unos instantes, colgó.

—Un periodista que confirma lo dicho por usted, Roket. Pero aquí no estamos en Nueva Guinea. Mañana el juez sentenciará. Llévenles a la celda.

—Escuche, sargento. No hubo daño. El público se quedará conforme si decimos que era una propaganda de acuerdo con la bailarina. Pagaremos a la bailarina lo que sea.

—Si ella retira la denuncia, es cosa distinta. Pagan una fianza, y comparecen libremente delante del juez mañana a las diez. Son luchadores —aclaró a sus subordinados—. ¿Era propaganda?

—No, señor. Pero ni daño ni mala intención. Comprenda, este kanako es un salvaje sin maldad. Me obedeció enseguida. Si la bailarina acepta una compensación material, para retirar su denuncia, pagaremos la fianza.

—Vete al «Uptown», Jerry. Explica lo ocurrido, y si la bailarina accede, por mí allá propagandas. Usted luchó hace años, Kirk Roket. Ahora le recuerdo. ¿Y qué? ¿Es de verdad un kanako su amigo?

A la media hora, regresaba el policía enviado al «Uptown».

Declaró:

—El periodista convenció a Norah Hazel, sargento. Ella no quiere dinero. Comprende lo sucedido, quiere hablar personalmente con el entrenador del… Guinea. Espera abajo en un «taxi». No quiere volver a ver al muchacho de allá. Está todavía muy impresionada.

—Bueno. Usted pague una fianza de cien, Roket, y en cuánto a Kong, guárdelo lejos de músicas de tambores. ¿Qué hacemos con él?

—Kong —dijo severamente Roket—. Esta noche serás encerrado entre rejas, hasta mañana al mediodía, porque te portaste mal. Conviene que lo sepas. Cuando yo te digo que no te muevas, no te muevas. Enciérrelo, sargento, para que reflexione.

—Tal vez le vendrá bien.

Patrick Kong, sumiso, obedeció la señal imperativa de Roket, y entre dos policías pasó a una celda.

Abajo en un «taxi», una mano enguantada llamó a Roket, quien pasó al interior. Norah Hazel, vestida muy discretamente con un sastre gris, habló con cantarino acento:

—Debe marcharse de Nueva York el pobre Kong, señor. El periodista amigo de usted, me lo ha explicado todo. Pero debe marcharse de Nueva York el pobre Kong.

—¿Y por qué Norah? Usted es una buena chica, y ya que comprende lo que ha pasado, no denunciará a Kong.

—Es por Jesuah, mi novio. Cuando se entere, y lo sabrá, buscará a Kong para matarlo. Jesuah es muy celoso, señor, celoso de un modo que ustedes los americanos no pueden imaginar.

—No se apure por Kong. Explíquele lo sucedido a Jesuah, y si es tan cabezota que pretende hacerle algo a Kong, saldrá mal parado. Mire, Norah, tome estos dólares y déselos a Jesuah de mí parte.

—Lo intentaré, señor, pero Jesuah tiene mal genio. En Harlem le temen. Es el «forzudo» de Harlem.

—Ya. Algo así como el matón del barrio negro. Convénzale de que no sea tonto, Norah, por su propio bien. Y le prometo que no traeré más a Kong cuando usted baile en el «Uptown».

A la tarde siguiente, a las tres, Kirk Roket pasó a buscar a Kong. Le informaron que habíase negado a comer, bebiendo tan sólo agua.

—Está arrepentido —dijo Roket—. Le convenía.

Patrick Kong apareció, y sin decirle nada, Roket le hizo señal de

que le siguiera. Los periódicos del día hacían propaganda gratuita del Kanako luchador que, al oír el tambor, pretendió llevarse por la ventana a la negra bailarina.

En el «taxi», Kirk Roket dijo:

—Nos hubiera podido costar un disgusto, Kong.

—Ella me llamaba.

Se extendió Roket en explicaciones, y por fin Kong replicó:

—Norah Hazel será mi esposa, *Master*.

—Tiene ya marido.

—Lo mataré.

—¡Maldición, Kong! No seas asno borrico. Norah Hazel quiere a otro y allí bailaba porque así come. Igual como tú lucharás para comer.

—Norah Hazel será mi esposa.

—Bien, bien… Ya seguiremos discutiendo eso, ganas tu primer combate y haces cuanto yo te diga, —decretó Roket para ganar tiempo—. Pero hasta el día del combate no saldrás del hotel, más que para ir al entrenamiento.

La propaganda se vertió sobre el kanako que se valía de los pies tan bien como de las manos. Del kanako que lucharía por defender el honor racial de los salvajes, Un kanako que obedecía gentilmente cuanto decía su entrenador y «cazador» Kirk Roket.

«Tonelada» Perkins era el hombre del día, después de Gongo Kong. Había declarado que un kanako no podría vencer la ciencia occidental.

Y la noche del combate, las entradas se agotaron. Cuando terminó el encuentro penúltimo, los altavoces rugieron:

—¡Gongo Kong, señoras y caballeros, Gongo Kong!

Aquel nombre, repetido tres veces, acabó de electrizar el ambiente. Un periodista tocó en el codo a su vecino colega.

—¿Dónde está la selva, Jim?

—El pobre kanako se va a asustar cuando nos oiga rugir.

Se hizo un silencio sepulcral, cuando tras murmullos de… Gongo Kong… Gongo Kong…

Apareció el kanako, procedente de los vestuarios, seguido por Kirk Roket.

Vestía un batín de piel de tigre, y su blanco cráneo, su rostro blanco lechoso, con facciones exóticas, tenía una lividez nunca

vista.

Andaba con los pies desnudos, y al llegar ante el *ring*, no tocó escalerilla, ni tarima. Saltó hacia arriba, aleccionado por Roket, y asido a las cuerdas, volteó en el aire, cayendo tras un limpio salto mortal en el centro del cuadrilátero.

Llevaba el batín echado sobre los hombros, y al alzar los dos brazos como le entrenó Roket, el batín resbaló a la lona.

Quedó inmóvil en alto las dos manos, en medio del más absoluto silencio. Una estatua de poderosa musculatura lechosa, ceñido el breve pantalón de piel de tigre.

Kirk Roket subió, tocando en el hombro al inmóvil kanako. Su gesto al indicar el taburete de una esquina, quebró el silencio. Y, excitados, estallaron los comentarios.

Coincidía el público en que, sin ser Gongo Kong un hombre de horrible rostro, ni deformes miembros, daba la sensación de primitivismo, de sanguinario.

Apareció «Tonelada» Perkins, que exageró su pesadez para subir al *ring* lentamente, con pisada de bravucón. Giró sobre los tacones en ágil torbellino, con su saludo grotescamente estudiado.

Restallaron aplausos, y fue a su rincón. El presentador, con el micrófono portable, hizo un gesto solemne, imponiendo silencio.

—¡Señoras y caballeros! Nada de propaganda, nada de comedias, como algún malicioso podría pretender. Hablará el honesto cazador de fieras vivas, ¡Kirk Roket!

Kirk Roket asió el micrófono.

—Buenas noches. Gonko Kong es un kanako, pero no ha comido carne humana, como pretende algún reportero, ni cortó cabezas. Habla el inglés igual que nosotros, y fue bautizado por un misionero yanqui. Al subir a este *ring* y presentarse por vez primera al entendido público de Nueva York, procedente del corazón de la selva, Gongo Kong no viene a luchar por profesión, sino porque, habiéndole salvado la vida, accedió a mi demanda, y quiere demostrar que es más poderosa la fuerza del hombre que vive en plena naturaleza, que la del civilizado que se desarrolla en un ambiente antinatural. Gongo Kong no gruñe, ni hace caras feroces. Conoce el reglamento, y no empleará nada prohibido… pero sí hará uso de sus cuatro manos. ¡Y que venza el mejor!

Una salva de aplausos acogió el discurso de Roket. El árbitro

llamó a los dos luchadores, y a sus cuidadores respectivos, al centro del *ring*.

«Tonelada» Perkins avanzó con andares retadores. Si ganaba cobraría veinte mil. Si perdía, dos mil…

El árbitro, cuando terminó de ojear con curiosidad al indiferente kanako, advirtió:

—Limpieza, sobre todo limpieza, Perkins. Y… usted; Gongo, apenas yo le dé una palmada en el cuello o donde pueda, suelte a su adversario. ¡Al rincón!

Gongo Kong, en pie, se asió de las cuerdas. Su pelado cráneo acentuaba su aspecto excepcionalmente único. Kirk Roket, al borde del *ring*, le dijo:

—¡Si grito tu nombre, suelta y levanta pies y manos, quedándote sentado en el suelo!

—Norah Hazel —dijo por milésima vez Gongo Kong.

—Sí. ¡Norah Hazel! Bien, después hablaremos.

—¡Segundos fuera! —ordenó el locutor.

«Tonelada» Perkins, ciento cinco kilos bien musculados, dio media vuelta enfrentándose a su rival. Había sonado el gong…

Gongo Kong, atendiendo las órdenes, avanzó con las dos manos tendidas en invitación a estrechar las del adversario.

Perkins las rozó, saltando hacia atrás enseguida, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Alguien rió nerviosamente.

El gesto de Perkins se debía a evitar un posible truco, porque el saludo reglamentario era con una sola palmada.

Gongo Kong siguió avanzando lentamente, erguido, con los brazos colgantes. Perkins amagó un derechazo con la mano abierta, que chocó contra la cabeza de Kong.

Gongo Kong siguió avanzando…

Perkins cogió impulso arqueándose contra las cuerdas, y salió proyectado con la cabeza baja, alcanzando en el estómago a Gongo Kong, que cayó.

Fieramente, aprovechó «Tonelada» Perkins su impulso, quedando montado encima de Kong, y Consiguiendo aprisionarte los dos tobillos.

Se levantó para efectuar la torsión, cruzando los pies desnudos de Kong y doblándolos hacia atrás. Una presa dura, de castigo.

El kanako curvó la espalda, y apoyado sobre sus dos manos se

fue enderezando lentamente, empujando con sus pies los ciento cinco kilos de su rival.

Y de pronto, se balanceó pasando su cabeza bajo las abiertas piernas de Perkins, que al inesperado balanceo, perdió presa, cayendo de bruces. Saltó, rodando por el suelo, al ver acercarse al kanako.

Ya en pie, efectuó dos pases de costado, y abalanzándose, rodeó la cintura de Kong, quien a su vez le abrazó.

Duró un largo momento el abrazo en que ninguno de los dos podía alzar al rival, y súbitamente, «Tonelada» Perkins se dejó caer de espaldas, haciendo trampolín con sus piernas.

Proyectado por encima, Gongo Kong fue a caer entre las cuerdas, pero no tocó el suelo.

Cuando acudía Perkins, estaba el kanako cabeza abajo, pies en alto, y las flexibles plantas se ciñeron al cuello y a un brazo de Perkins.

Fue prodigioso ver cómo el kanako, resbalando, quedaba en el suelo, mientras en alto, los ciento cinco kilos de Perkins volteaban como un largo globo al extremo de los desnudos pies.

Intentaba Perkins coger las piernas, pero cuando bajaba las manos volvía a ser proyectado hacia arriba. Y resonó pesadamente su masa muscular cuando Kong, deslizándose de lado, dejó de presentar los dos pies en alto.

«Tonelada» Perkins en el suelo, de bruces, retrocedió irritado. Gongo Kong no atacaba. Perkins se sentía en ridículo ante el kanako que en pie, obedecía la orden: no debía tirar fuera de las cuerdas a su rival hasta que volviera a sonar por tercera vez la campanilla.

Perkins efectuó una presa japonesa, y volteó al kanako, colocándole el pie bajo la oreja, y tirando del brazo.

Kong se enroscó alrededor del brazo que tiraba de su mano, y sus dos pies empujaron la barbilla de Perkins, quien oyendo crujir las vértebras cervicales, soltó la presa.

Sonó el gongo cuando Perkins arremetía a, golpes de antebrazo rápidos, vigilando aquellos pies desnudos que iban siendo una pesadilla.

Un aplauso general, mezclado con silbidos de entusiasmo, acogió el descanso. Era lucha de verdad, entre un atleta primitivo, elástico como una liana de la jungla, y un coloso científico. Kirk

Roket palmeó en la nuca a Kong:

—Bien, Patrick. Vas bien. Ahora ya puedes echarlo fuera. Y cada vez que suba, échalo fuera.

—Norah Hazel.

—¡Sí! ¡Ya sé, ya sé! Ahora al combate, Kong.

Al sonar el gong anunciando el segundo asalto, «Tonelada» Perkins sólo sabía que para ganar veinte mil dólares tenía que hacer que aquellos pies que apretaban como garfios de hierro, no le tocaran.

Atacó a base de un intento de «doble Nelson», para lo cual, fingió un cabezazo. Gongo Kong no se movió. Perkins lanzó las dos manos, y a la vez saltó a un costado.

Quería asir la nuca del rival pasándole primero las manos bajo los sobacos, y después presionando…

Gruñó exasperado. Estaba cogido por una muñeca y un tobillo, tras haber caído al suelo derribado de un doble patadón de los pies desnudos.

Se preparó a una «abertura», pero de pronto, girando sobre sus pies, Patrick Kong asiéndole por tobillo y muñeca, le hizo planear sobre la lona a escasa distancia del suelo, en giros cada vez más vertiginosos.

No cabía más que saber caer, pensó Perkins, cuando se sintió disparado. Planeó, y con estruendo empujó el respaldo de una silla, derribando la hilera. Amortiguó el choque, maldiciendo ferozmente.

Regresó al *ring*, donde el árbitro contaba. Gongo Kong estaba en el rincón opuesto a aquél por el que iba a subir.

Era la primera vez que «Tonelada» Perkins caía fuera del *ring*, a aquella distancia, sin resbalar por las cuerdas.

Abrió Perkins los brazos, gritando:

¡Pecho a pecho, kanako!

Gongo Kong abrió sus brazos, y chocaron ambos rudamente, abrazándose. Lo que siguió se lo contaron a «Tonelada» Perkins.

Le dijeron que, al abrazarse, los dos pies del kanako le asieron los tobillos, y cayendo hacia atrás, Gongo Kong fue rodando, obligándole a rodar con él, pero debajo de él.

En aquel giro encima de la lona, las contorsiones de Gongo Kong eran tan rápidas, y los golpes de cráneo de Perkins tan seguidos contra la resina que había bajo la lona, que al terminar aquella llave

especial, que demostraba una fuerza de riñones excepcional en el kanako, Perkins estaba ya mareado.

Entonces fue cuando Kong levantó en vilo con sus dos manos al desvanecido luchador, preparándose a arrojarlo lo más lejos posible del *ring*.

Resonó imperativo un grito procedente de Kirk Roket:

—¡Basta, Kong! ¡Déjalo en la lona!

El kanako, obediente, depositó en el *ring* los ciento cinco kilos sobre los que el árbitro contó diez segundos.

Una ovación premió la deportividad con que Roket había, evitado que el kanako arrojara contra las sillas al desvanecido Perkins, con evidente riesgo de rotura de huesos, al no poder el luchador amortiguar su caída.

Cerradas ovaciones aclamaron el saludo especial de Gongo Kong, inmóvil en el centro del *ring*, manos en alto.

Camino del vestuario, la gente contemplaba en silencio al extraño luchador, que con pies y manos había jugado con ciento cinco kilos de músculos científicos.

En el vestuario, Lewis Topfer asomó la cabeza para aplaudir:

—¡Magnífico, Gongo Kong! ¡Te harás millonario! ¡El próximo combate contra Caro Rigi y Hans Berdorf a la vez! ¡Tengo licencia! ¡Va a ser un leñazo, aunque doblemos el precio!

Desapareció para replicar a la nube de reporteros que le asediaban. Patrick Kong, bajo la ducha, musitaba repetidamente:

—Nora Hazel, Norah Hazel…

Fuera, todo el mundo comentaba la sensación de potencia y salvajismo natural que daba el nuevo luchador.

Un negro de amplias espaldas y cara achatada, de negrísimo color, vestido con chillona elegancia rebuscada, se apostó cerca de la salida de personal.

Llevaba bajo la manga de su antebrazo izquierdo su arma favorita: un cuchillo corto metido en una funda con la punta hacia el codo.

Jesuah Norris estimaba que no se enfriaría su interno furor celoso hasta que diera muerte al «salvaje» kanako que se había atrevido a abrazar a Norah Hazel.

Desistió por aquella noche, porque un policía de servicio reconoció al «matón de Harlem», y le saludó poco amablemente:

—Largo de aquí, Jesuah. A tu barrio, aprisa. Jesuah Norris replicó ceñudo:

—La gente honesta no puede ya transitar por la capital, ¿o qué? Bueno, me voy, me voy… Le digo a usted, guardia —mascculló zumbón al alejarse.

Debió posponer su venganza, casi un símbolo racial de defensa contra el ultraje.

Kirk Roket prometió a Patrick Kong que al día siguiente daría los pasos para entablar conocimiento normal con Norah Hazel. Se fue pensando en que de otro modo, pero con la misma fuerza, Gongo Kong estaba ya esclavizado a una mujer.

Maisy Roberts le escuchó atentamente, mientras exponía:

—Te parecerá absurdo, pero yo sé que si Kong no conoce a la negrita no saldrá más al *ring*.

—Nos conviene contentarle, Kirk. Necesitamos de tu kanako.

—¿Para qué? Es una pantalla, pero puedo prescindir de él.

—El ingeniero que diseñó los dispositivos de la «Napalm 4», se llama Thomas Berkland, y tiene su laboratorio particular instalado en lo alto de una torre que a modo de mirador está al centro de su casa. Es un hombre un poco excéntrico y se construyó él mismo este mirador. Si fracasasen mis intentos de ganarme su confianza, tal vez Gongo Kong nos podría ser muy útil para una visita nocturna.

—Lo que él pueda hacer, yo también.

—No, Kirk. Escalar aquella torre por el exterior, sólo Gongo Kong lo conseguiría. Y tú mandas en él.

—Porque me debe la vida, pero no es un embrutecido salvaje. ¿Qué pretextos daría yo para ordenarle un robo nocturno?

—Mañana sabré si el ingeniero Berkland me invita a su casa. Tal vea no precisemos de Kong, pero si no, por la noche, pretextando una visita difícil a la morada de Norah Hazel, lo podíamos llevar a casa del ingeniero.

—Yo puedo penetrar interiormente.

—Hay múltiples aparatos de alarma. La escalera de caracol que asciende a la cúpula está electrificada, En fin, si yo lo consigo por mi único esfuerzo, no hará falta engañar a Kong. De lo contrario, él irá a la torre y, una vez en lo alto, bastará con que te eche una cuerda y tú subirás, para registrar todo lo contenido arriba, que debe ser interesantísimo a juzgar por las científicas precauciones

que ha tomado Thomas Berkland.

CAPÍTULO VI

HARLEM

Desayunando vegetales crudos rallados, fruta y leche, Patrick Kong esperó a que Kirk Roket le hablase de lo esencial, pues hasta entonces sólo había expuesto las grandes oportunidades que se presentaban al kanako en una jira de exhibiciones.

Por fin, Kirk Roket manifestó:

—A la hora de cenar, tendrás noticias de Norah. No lo he echado en olvido, como ves. ¿Qué piensas hacer esta mañana, Patrick?

—Visitar el Zoo y pasear en el Central Park.

—Espero no cometerás ningún acto que me ponga en compromisos.

—Confía, en mí, como yo en ti confío, *Master* Kirk.

A las nueve de la mañana, Patrick Kong entraba en una sombrerería para adquirir un sombrero de fieltro con que cubrir su desnudo cráneo.

Paseó por el parque zoológico, mirando con nostalgia, detenido ante ciertas jaulas. Después, sentado en el Central Park, con las solapas de su abrigo alzadas a causa del frío, volvió a recordar a la bailarina de ébano, grácil y a la vez musculosa, flexible y prieta, con sus grandes ojos sumidos en aterciopelada melancolía.

Comió solo, leyendo después los periódicos. Se tendió, para ir pensando en uno de los artículos que casualmente había llamado su atención. Relataba el periodista su impresión del barrio negro, Harlem, uno de los más típicos conglomerados humanos de las diversas divisiones de razas de Nueva York, que por trechos habitan la isla de Manhattan.

Cualquier extranjero encontrará en Nueva York una sección de su país natal, transportado allí como por milagro, con sus iglesias, sus costumbres, y sus alimentos propios.

El Chinatown, con sus escaparates de aletas de tiburón y huevos podridos servidos por coletudos orientales con kimono. Las calles 21 y 32, con el poblado armenio, oliendo al plato nacional de pasteles de arroz humeando entre hojas de vid.

Rumanos, italianos, españoles, alemanes, irlandeses y judíos tienen sus típicos barrios, pero la raza negra ocupa exclusivamente el Harlem, al norte de la isla y ciudad, formando aparte una ciudad inmensa. Ocupan alojamientos que van desde las lujosas residencias de los negros millonarios hasta los chamizos de «lechos calientes».

Un «lecho caliente» es literalmente una cama que nunca pierde el calor humano, porque se alquila constantemente por etapas de ocho horas. Un durmiente sale de la cama levantado por el que va a tenderse en ella. Es un mal necesario en un barrio superpoblado, exclusivamente por la raza negra, donde las caravanas de turistas y noctámbulos sólo tienen acceso a título de pagarlo bien.

La alegría negra rezuma por la Avenida Lennox, con sus elegantes «Saucings», y sus llamativas mujeres trepidantes, que al atardecer pululan por las salas de baile, sumiéndose en un ritmo que para ellas es tan natural como el andar para las otras razas. Pero lo más pintoresco entre todo lo pintoresco de Harlem, es el Padre Divine. Ha sembrado por todo el barrio sus «cielos», es decir, sus templos. Este profeta negro posee también una serie de restaurantes donde sus fieles pueden comer pollo por quince centavos, el mismo manjar por el que pagan diez dólares los turistas y curiosos. Padre Divine se pasea en una ostentosa «limousine», interiormente plaquetada con paneles de plata.

La policía efectúa a veces redadas por Harlem, que es el barrio elegido por fugitivos y pistoleros, para ocultarse, ya que saben que un negro, nunca delatará, y que puede resistir interrogatorios de cuarenta y ocho horas mintiendo con una sinceridad aplastante.

La policía metropolitana buscó en vano un agente negro para Harlem, El F. B. I, lo consiguió en 1949.

Marcus Harvey, licenciado en Ciencias y Letras, aceptó ingresar en el F. B. I, con una extraña condición. Sus superiores no podrían nunca exigirle investigaciones tendentes a capturar un delincuente

negro. En cambio, Marcus Harvey se comprometía a evitar que delincuentes blancos emponzoñasen Harlem, según su propia declaración.

El

F. B. I.

aceptó porque la inteligencia, excepcional de Marcus Harvey tenía el mejor de los disfraces. Marcus Harvey era el clásico ejemplar físico del amante de «beboop», y todas las negras rivalizaban por poder agitarse espasmódicamente a los acordes de melopeas trepidantes teniendo por oponente al ágil y atlético Marcus.

Para el Harlem, Marcus Harvey era un «tipo listo». No trabajaba, ideal ansiado de tantos. Vivía bien, gracias a lo bien pagados que estaban sus contoneos de baile, a la hora que se le antojase, era muy caprichoso, y esto era para los otros negros síntoma de calidad. Marcus Harvey bailaba cuando quería, y a veces muchos blancos ricachones tenían que esperar pacientemente en el «Savoy Black» a que se dignase venir Marcus, que a lo mejor estaba bailando gratis ante un tocadiscos de bar.

Los blancos adivinaban que Marcus no bailaba según el ritmo de los músicos, sino que lo imponía a éstos, improvisándolo según su ánimo.

Era un ídolo popular, como lo era el boxeador campeón del momento, y los mismos que le adoraban, lo hubiesen torturado por largas horas de saber que el indolente bailarín era un secreto agente de policía.

En el café donde Marcus Harvey estaba escuchando las confidencias de un «Angel», una doncella de servicio, fiel adepta del Padre Divino, que la había bautizado «Sabiduría Victoriosa», y que inflamada de ardor místico trataba de enrolar al reticente Marcus, penetró un hombre, de intensa blancura facial.

Instantáneamente, Marcus Harvey, por oscuro instinto ancestral, fijó sus grandes ojos en el que acababa de sentarse tras una mesa.

—Mañana me lo contarás, perita en dulce —dijo Marcus Harvey, levantándose.

Fue a colocar una moneda en la ranura del tocadiscos que estaba junto a la mesa ocupada por Patrick Kong. Bajaron tres platos, y la aguja cayó sobre el disco, que empezó unos lentos compases. La voz de borracho del famoso Louis Armstrong vertió palabras tristonas,

en que se citaba el dolor de ver llover sobre piedra y asfalto…

Marcus Harvey, ante la mesa ocupada por Kong, inició unos giros e hizo repiquetear las suelas. Todos los negros que se hallaban en el local, suspendieron sus conversaciones, para mirar extasiados las evoluciones de Harvey.

Patrick Kong miraba también. Si, aquello era bailar, es decir, expresar con el cuerpo, con los pies, con las manos, cosas de hondo sentido. La espera de la lluvia, al repicar de las gotas sobre las anchas hojas en la jungla, el hombre libre clamando sin trabas por su nostalgia de primitivos goces sencillos y naturales.

Cuando el disco calló, y Marcus Harvey quedose inmóvil, petrificado en su gris traje a rayas, fuera de las cruzadas solapas la corbata verde de lunares enormes y purpúreos, Patrick Kong sonrió…

Había reconocido a un hermano de raza, pese a sus colores distintos. Marcus Harvey se sentó frente a él.

—Café con menta, hermano, es lo mejor ahora y aquí —dijo Harvey gravemente.

—Café con menta —aprobó Kong, añadiendo—: Soy Kong, el kanako.

—¡Evohé! Tú eres el que anoche luchó contra Perkins.

—Mi color no es el mío. Es «cronak» de la jungla. Por eso, los demás kanakos me despreciaban. Un misionero me bautizó Patrick.

—Otro me bautizó Marcus. ¡Café con menta especial! —gritó el agente del
F. B. I.

Un negrazo de cabellos blancos trajo las dos tazas recubiertas con una hoja de fibra vegetal. Bebieron los dos con deleite, a lentos sorbos.

—Busco a una mujer de nuestra raza, Marcus.

—En Harlem no hay mujer que no conozca a Marcus, Patrick.

—Norah Hazel.

—En Harlem hay mil negras más bonitas que Norah, Patrick.

—Es Norah, sólo ella, la que deseo y quiero, porque sin ella el mundo blanco me hará morir.

—¿Por qué huiste de tu tierra, Patrick?

—Me salvó la vida *Master* Kirk, y yo le sirvo. Él manda, y me ha hecho luchar. No puedo volver a mi jungla, y ya no puedo vivir sin

Norah. Bailó y expresaba tristeza, soledad, falta de protección.

—Norah es buena, Norah es mujer de un solo hombre, Pero Norah trae la muerte, Patrick. Y tú no puedes matar. Te cogería la ley blanca, y te sentarían en silla que mata. No es la jungla libre la ciudad blanca, Patrick.

—Yo no he de matar. Yo quiero a Norah Hazel, y si ella quiere que el misionero nos dé el permiso para unirnos, yo aceptaré.

—Norah ha de casarse con otro.

—Lo mataré. Porque Norah no quiere a este otro.

—No le quiere, pero le tiene miedo. Todo esto que te digo, Patrick, podría costarme muy caro.

Pero tú no tienes aún el barniz de ponzoña que cubre al negro con años y años de ciudad.

—Yo quiero hablar con Norah, decirle lo que siento, y ella me comprenderá.

—Jesuah Norris es el negro que ha de casarse con Norah. Jesuah Norris es traidor y es una vergüenza para el Harlem, pero su vida sólo pertenece a quien la creo, Patrick. Eso debió decírtelo el misionero. ¿No te dijo que la vida ajena es propiedad del Señor?

—Yo no mataré si no quieren matarme. El tigre atacado se defiende, porque el Señor le dio garras y colmillos.

—Evohó —dijo sentenciosamente Marcus Harvey—. Yo no iría a la tienda de Norah, en la esquina catorce del séptimo callejón del puente River. Yo no iría a la tienda de flores blancas artificiales. Pero tú irás hacia las siete, que es cuando Norah cena con la vieja Hannah, después de cerrar. A las siete y media llega Jesuah Norris. Yo no iría, Patrick. Y yo no he dicho nada. No seguirás mi consejo, pero si quieres otros consejos, pregunta por mí, cuando lo desees.

—A las ocho y media tengo que hacer ejercicios, que así los llama *Master* Kirk, en la sala del Madison. Quisiera corresponder, Marcus. Ven.

—Iré.

A las siete menos dos minutos, Patrick Kong se detenía en la esquina de un oscuro callejón cercano al River Harlem, que bajo los puentes despedía el hondo efluvio de salobre aroma.

Veía los dos escaparates con jarrones conteniendo flores artificiales de nítida albura. Y, al fondo, una voluminosa negra con gorro blanco estaba distribuyendo platos sobre una mesa.

Norah Hazel arreglaba unos floreros. Al entrar Patrick Kong, Norah Hazel reprimió un grito. Miró a su alrededor, asustada.

Patrick Kong, delante de ella, dijo con reproche:

—No debo asustarte, Norah Hazel. Yo no quiero tu daño, sino tu bien. No has de bailar para nadie. Si me dices que perteneces a otro por tu voluntad, yo me moriré, y quiero vivir desde que te he visto, Norah Hazel. Tú me contestarás.

Norah Hazel intentó dominar sus estremecimientos. Comprendía toda la pasión que, sin preponérselo, había suscitado en el kanako.

—Iremos al misionero cuando lo digas, Norah. Te llevaré donde me pidas. Después, vivirás como te pertenece. Tú me contestarás.

—Hablé con el señor Kirk, y le dije que no debías verme, porque Jesuah te matará.

—Cien Jesuah no podrían impedir lo que ha de ser, Norah. Tus ojos dicen que tienen miedo, pero no me miran con enemistad.

—Yo soy negra civilizada, Kong…

—Y contigo trato de hablarte como debo hablar. Yo sé cierto como que no viviré sin ti, que tú deseas un hombre que te proteja, y no sea un negro civilizado.

Lo que para una mente extranjera a ellos, resultaría grotesco e incomprensible, era para ambos un lenguaje conmovedoramente claro.

—No quiero que Jesuah sufra daño por mí. Es malo y me aterroriza, pero también quiere hacerme su esposa.

—Pero tú no lo serás, ¿no es cierto, Norah, no es cierto?

—Es peligroso que vengas aquí, Kong. Yo pensaré en cuanto me has dicho y te contestaré pronto. Lo prometo. Te escribiré, porque sé que no eres kanako sin letras.

—Esperaré tristemente, porque no eres tú la que ha de apagar una sed de momentos, sino la que fue creada para mi entera compañía, Norah.

—Debes irte. Podría venir Jesuah, y no quiero que él sufra daño.

—Tu buen corazón es un tesoro, como decía el misionero. Me voy, Norah, y esperaré.

Tensos, los dos no habían siquiera rozado sus manos, pero ella sabía la pasión salvaje y a la vez todo el amor que alentaba en el kanako. Patrick Kong dio media vuelta y abandonó la tienda.

En el callejón pasaban transeúntes, su sexto instinto desarrollado

en la jungla advirtió a Kong que entre los que caminaban tras él, había uno que acechaba con furia contenida.

No se volvió. Siguió caminando hasta la ribera. Bajó unos escalones y el agua distaba apenas medio metro de sus pies al pisar el húmedo empedrado de aquel estrecho pasaje bajo el puente.

Un corpulento negro bajaba también los escalones. Patrick Kong se detuvo para apoyar las espaldas en la pared que remataba en la bóveda.

Jesuah Norris se encorvó al irse aproximando. Era corpulento y de largos brazos. Relucía en el negro rostro la blancura de ojos y dientes, estos últimos mostrándose en rictus feroz, de odio salvaje.

Cuando distaba cinco pasos, a la entrada del pasillo bajo el puente, comprendió que Kong sabía ya lo que quería. Masculló torvamente, coa siniestra decisión.

—Si te mueves, te quemo la piel a balazos.

—Tú eres Jesuah, y mejor es que podamos los dos hablar. No estamos en la jungla, Jesuah. Si me tiras fuego quemante, después la ley de los blancos te llevará a la silla que mata. *Master* Kirk sabe que estoy aquí, y sabe que si muero, tú habrás sido.

Jesuah Norris rechinó los dientes:

—Tú, el luchador famoso, tienes miedo de Jesuah, a quien pretendes robar su mujer.

—No es tu mujer, y ella me pidió que no te hiciera daño. Pero, yo te destrozaré, Jesuah, si a ella le haces el menor mal. No estamos en la jungla, Jesuah. Debes dejar a Norah que elija.

—Te voy a…

—¡Quieto, Jesuah!

Las dos palabras explosivas detuvieron el impulso de Jesuah Norris, que volvió a ocultar en su manga el cuchillo con el que se disponía acometer a Patrick Kong.

Con indolente pero felino paso, Marcus Harvey terminó de bajar los escalones, y al acercarse al solitario rincón que sólo por las noches era frecuentado, fue mintiendo:

—Pasaba cuando os vi bajar a los dos, Jesuah. Y he oído lo que hablabais. Si matas, irás a la silla, Jesuah, porque un blanco gana mucho dinero con el luchador.

—¿Quién eres tú para intervenir? —farfulló Norris.

—Un enviado oportuno por una secreta voz que me ha inspirado

la debida solución a vuestra querella. Tú, Jesuah, quieres que Norah sea tuya, y el luchador también quiere lo mismo. Es, pues, una evidente deducción la que decide que uno de los dos debe morir o irse. Tú, Jesuah, no te irás, ni tampoco el luchador. Puedes vengarte por la aparición del kanako, Jesuah, y a la vez cubrirte de gloria.

Rió agrariamente Marcus Harvey, añadiendo:

—Matar así de noche, en sitio solitario, es un crimen ante la ley blanca, Jesuah. Pero si intentas matar ante diez mil personas, ya no es un crimen. Puedes matar y ganar mucho dinero, Jesuah, y cubrirte de gloria, todo Harlem te aplaudiría.

Jesuah Norris gruñó:

—Tú estás loco, bailarín.

Patrick Kong seguía adosado a la pared. Na comprendía el significado de lo que estaba diciendo Marcus Harvey, que prosiguió:

—Tú Jesuah, conoces todos los recursos de la lucha. Si tu cuchillo no hiere, empleas la estrangulación. Varias veces has atrapado el cuello del que querías matar, y con tu brazo has ido apretando, apretando, hasta que el cuello se quebraba. Has luchado contra los más fuertes de Harlem y siempre has vencido. No has subido a los *rings* porque tu cofradía, como muchas otras del Harlem, prohíbe al negro fuerte la lucha libre, para dedicarle sólo al boxeo, donde somos los mejores, por esta misma razón. Pero podrías obtener permiso, y podrías subir al *ring* y retar al kanako. ¿Te das cuenta, Jesuah?

Fue Patrick Kong el que contestó:

—No quiero hacer daño a este negro, pero también es cierto que si sobra uno de los dos, y la ley blanca castiga al que mata ocultándose, también la ley blanca permite que entre cuerdas dos hombres se golpeen. Y si uno de los dos muere, la ley blanca no puede castigar. Me dijo *Master* Roket que si un luchador o un boxeador mueren de golpes, es lo mismo que si uno de los que hacen casas se cae de alto y se estrella contra el suelo. Dijo que no era un crimen, sino un accidente.

—¡Evohé! —Gruñó Jesuah Norris—. Eres astuto como el caimán, Marcus. Aquí si mato a este que pretende disputarme a la mujer que me ha de pertenecer, los blancos me llevarían a la silla. ¡Yo te reto, kanako, a muerte! Y en Harlem me aplaudirán, cuando yo te aplaste ante diez mil espectadores. ¡Te estrangularé, kanako!

—Ya está —dijo riendo Marcus Harvey, a la vez que trenzaba unos pasos de claque, que repicaron alegres—. Norah será para el que venza. ¡Jesuah reta a Kong! Así dirán los altavoces de Madison. Pero antes, tú, Jesuah, debes demostrar lo que vales. Es sencillo. La próxima velada en que Kong lucha contra Rigi y Berdorf a la vez, tú debes luchar contra «Tonelada» Perkins. Yo te diré un recurso fácil. Cuando le atrapes el cuello con la corbata de tu brazo derecho, no sueltes, no sueltes, Jesuah, pero sin matar, y ganarás. El cuello de Perkins es muy recio, y si le ganas, tu negro color será un gran atractivo al retar a este que es de nuestra raza, pero que por «cronak» es blanquísimo. Vete, Kong, vete, y empieza a rezar, porque Jesuah subirá al *ring* a matarte, y Norah será para Jesuah, el gran Jesuah.

Patrick Kong se marchó por el otro lado del bajo puente. Jesuah Norris resopló fieramente:

Evohé, Marcus. Eres un tipo listo. Podré matar al que pretendía robarme a mi Norah, y lo mataré delante de muchos… Diste con uno de los fallos de la ley blanca, Marcus. ¡Yo mataré a Gongo Kong, y todo Harlem cantará en mi honor! Y a lo mejor cuando en el *ring*, muerto, Gongo Kong, quede para siempre fuera de mi camino, entre el público habrá jueces blancos aplaudiendo al vencedor.

Rió hondamente Jesuah Norris, y Marcus Harvey trenzó unos pasos sonoros. Un modo de reír especial, del más puro estilo Harlem…

* * *

Patrick Kong estimó que no debía decir nada a Kirk Roket de su visita al Harlem. Estaba vistiendo el *slip* de piel de tigre, para su público entrenamiento demostrativo de sus pies prensiles y de su agilidad ya calificada por un reporter como «la prodigiosa elasticidad del Tarzán kanako, no fabricado en Hollywood, sino creado por la jungla de Nueva Guinea», cuando dominó un sobresalto.

Kirk Roket decía:

—A propósito de Norah, ya está resuelto, Patrick. Fui a visitarla, y acepta verte.

—¿Cuándo fuiste, *master*?

—De ahí vengo. Me costó mucho verla, porque vive en una casa allá en la ribera del gran río Hudson, fuera de la isla Manahttan. Tú no conoces muchas cosas raras, Patrick. Ella consentirá en verte, pero necesita una cosa, y yo también lo deseo. Algo que puede ser muy fácil para ti, Patrick. Y haciéndolo, sin preguntar, me complacerás a mí y complacerás a Norah.

Una voz íntima habló con tristeza en el hondo pensamiento de Patrick Kong, el kanako.

«Tu amo blanco miente, y dijo el misionero que el blanco que miente a un salvaje, no merece perdón».

—Es sencillo, Patrick. En la ribera del Hudson, hay una casa con una alta torre, donde vive un ingeniero. Yo no puedo subir por dentro porque hay peligro. Tú podrías en la noche escalar el muro. Tus pies y tu costumbre de la jungla, te harían fácil el subir hasta lo alto de la torre, y una vez allí, me arrojarías una cuerda por la que yo pudiera subir. No me preguntes nada, porque son cosas que no entenderías.

—No tengo que preguntarte, *master*. Tú me ordenas.

—Así se habla, y eres un buen chico. Anda, vete a la exhibición.

En la sala, Gongo Kong levantó pesos, los apresó en el aire con los pies, se balanceó entre barras fijas, y efectuó cuantos ejercicios le pedía el cuerpo.

Y en las butacas de los que pagaban por presenciar aquel entrenamiento del «Tarzán Kanako», había muchos negros, cosa extraña, porque la lucha libre no les atraía ni como actores ni espectadores, ya que estimaban que era malgastar sus energías que debían dedicar, los constituidos para la violencia, al boxeo, el deporte espectacular en que eran los mejores.

Terminado el entreno, Kirk Roket manifestó:

—Cenarás solo, Patrick, porque yo voy a ultimar lo de esta noche. Vendré a recogerte a las once.

Ya vestido, Patrick Kong encontró fuera del Vestuario a Marcus Harvey. Le sonrió.

—Maravilloso, Patrick, estupendo. No hay blanco que lo pueda imitar. Y yo sé que tú me has comprendido, cuando bajo el puente inspiré a Jesuah el deseo de matarte con gloria y sin peligro. Es muy vanidoso Jesuah, y muy mala entraña.

—No me estrangulará, y en Harlem no habrá humillación, porque el kanako es de vuestra raza.

—Y Jesuah será la irrisión de Harlem, que ansiosamente aprovechará tu triunfo para hacerle la vida imposible. Porque tú no le matarás, Patrick. Te bastará con dejarle inútil. Es un mal bicho. ¿Café con menta?

—Café con menta.

Cenaron juntos, y por fin, Patrick Kong se decidió:

—El hombre que me salvó la vida me ha mentido. Yo cumpliré lo que me pide. Dejé que me exhibiera como a una de las fieras que cazaba, y consentí me quitaran el cabello. No hubiese querido que él me presentara como un jabalí domesticado, que eso dijo un periodista. Esta noche quiere que escale la torre de un ingeniero que vive en la ribera del Hudson.

—Debes cumplir, Patrick, y sé que te duele que te haya engañado. ¿Dónde está el engaño, si te ha explicado lo que has de hacer?

—Es que citó a Norah para darme más obediencia. Y no necesitaba mentir acerca de Norah.

—Los blancos tienen, como nosotros, sus defectos, Patrick. ¿Te fijaste los muchos negros que asistieron al entrenamiento? Jesuah ha ido ya pregonando que él te aplastará, y yo… he asegurado que es muy capaz de hacerlo. Mañana presentaré a Jesuah al empresario. Y hablaré con Norah, Patrick. Te comprende. Cuando Jesuah esté inmovilizado en el hospital, Norah quedará tranquila. ¿Café con menta, Patrick?

—Café con menta, Marcus.

CAPÍTULO VII

LA TORRE

En el «Savoy Black», templo del baile, Marcus Harvey afirmó al gerente que atendería las peticiones cuando hubiese conversado con uno de sus profesores de Universidad.

En un palco del último rellano, Marcus Harvey, al entrar, estrechó la mano del individuo de gafas montadas al aire, y aspecto intelectual, que no era sino el inspector jefe de la sección a que pertenecía.

—Le telefoneé urgentemente, inspector, porque me interesa saber si a orillas del Hudson hay una casa con una alta torre, perteneciente a un ingeniero.

—¡Thomas Berkland! Se hizo construir una casa de cinco pisos. El inferior es su salita de recibir, donde se inicia la escalera de caracol. El segundo es su alcoba, el tercero su despacho, el cuarto su departamento de aseo, el quinto su laboratorio. La torre remata en una cúpula-mirador. Cada piso tiene una balconada exterior, y es una sola habitación. Él mismo ha instalado los dispositivos que no dejan ascender.

—¿Guarda algo de interés el ingeniero Berkland?

—Dibuja constantes proyectos, algunos modificando motores de avión, otros perfeccionando espoletas de bombas, y ha logrado ultimar la «Napalm 4». No es un sabio distraído, ni un viejo débil, o un esclavo de las mujeres. Es un atleta sobrio, organizado y muy eficaz.

—¿Quien entre en el laboratorio puede encontrar algo importante?

—La muerte si llega arriba, pero en el piso inferior ya recibiría una desagradable sorpresa, que no le permitiría continuar ascendiendo.

—Y si el que entra, lo hace desde fuera, ¿qué peligro corre?

—Sólo un pájaro podría entrar.

—Supongamos que entra un hombre.

—Escuche, Harvey, usted es siempre ambiguo, pero sabe dónde va. ¿Qué ha averiguado usted?

—Esta noche, alguien entrará en el laboratorio sin subir las escaleras.

—Bien. Le atraparemos.

—No soy un técnico en arquitectura, pero tengo la certeza de que para construir la torre, colocaron primero los cimientos, después las paredes del piso inferior, y así sucesivamente. Si atrapa al que penetra en el laboratorio, tiene usted el quinto piso, pero se ha quedado sin los demás rellanos y, sobre todo, sin los cimientos. Yo propongo que se deje salir al que entró, llevando aquello que interesa. Y cada paso que dé, con quien se relacione, su correspondencia y la de cuantos se relaciones con él, nos irán dando los demás rellanos y los cimientos. La torre completa. O, si lo prefiere, la red de malla tupida, en la que no quede solamente el pececillo, sino también el cachalote. Los pescadores han de ser los mejores de la organización. El hombre que entrará en el laboratorio es un cazador, que huele el peligro y tiene fino el oído.

—Voy a ello, Marcus. Es un servicio magnífico el que ha realizado. Visitaré al ingeniero. A ser posible, prefiero que la red no pueda romperse y escape algún pececillo llevándose el bocado que después nos mordería a nosotros mismos.

—Evohé, inspector.

Al minuto, las parejas volvían a sus mesas, la orquesta negra enmudeció, y en alegre salto, Marcus Harvey, se plantificó en la pista.

Sus pies empezaron a «tantear» y al poco, la orquesta iba arrancando de sus instrumentos los sonidos que en la pista Marcus Harvey les inspiraba.

* * *

Thomas Berkland, a las nueve y media, recogió el abrigo y el sombrero, disponiéndose a abandonar su casa. El ama de llaves abrió la puerta, y ya en la terraza bajo el porche, Berkland dijo:

—No me espere. Regresaré tarde.

Descendió las escaleras, entrando en su coche, que puso en marcha, atravesando el jardín, cuya verja abrió el jardinero.

En la carretera, bordeando el río, frenó a las dos millas, porque un motorista de tráfico se había colocado a su altura, haciéndole seña de dirigirse al ensanchamiento de aparcar… y multas.

Obedeció Berkland, y el motorista se apeó, a su lado, apoyándose en la ventanilla.

—No iba a más de sesenta, agente.

—Pero su matrícula es la que tengo aquí reseñada, señor Berkland. Lo siento, son órdenes superiores. Hemos de esperar aquí la llegada de un coche cuya matrícula también tengo reseñada.

—Un misterio que si no se prolonga, entretiene. ¿Fuma?

—Gracias, señor Berkland.

A los diez minutos, el motorista que vigilaba todos los coches que pasaban, sin detenerlos, se encaminó a la cuneta, hizo una señal y el coche que entonces llegaba penetró en el lugar destinado a las reprimendas y entregas de boletos con multa.

Descendió el inspector que había hablado con Marcus Harvey, para decir:

—Buenas noches, señor Berkland. Soy el inspector King, del F. B. I.

—Tanto gusto, inspector. Su apellido cuadra con su profesión, y la foto del carnet que me enseña no le favorece. Está usted mucho mejor al natural.

—Le ruego regresemos a su casa.

—Regreso yo, inspector, y usted me acompaña, para ser más justos —sonrió Berkland, poniendo la marcha, y girando el volante.

—Esta noche intentarán penetrar en su laboratorio.

—Lo lamento por quienes lo intenten.

—Desde fuera, las balconadas pueden ser alcanzadas con una cuerda por la que, trepando…

—El que toque una de las balconadas, la soltará aprisa. Además, el jardinero es dueño de dos perros, y mi ama de llaves tiene el sueño muy ligero.

—El jardinero dormirá, los perros creo que serán envenenados, y su ama de llaves no debe abandonar su alcoba.

—¿Y yo acompañaré a los visitantes? Puedo hacerlo así, para darles más facilidades.

Al menos, tomará usted las medidas para que las balconadas puedan ser asidas por los visitantes. Por un momento, imagine usted que alguien desea apoderarse de algo en su laboratorio, algo que valga la pena. ¿Qué es lo que puede atraer a este alguien?

—Todo y nada… Un momento —dijo Berkland, mirando por el espejo a su vecino—. ¿Esta noche? No soy faquir, pero ya sé lo que buscarán. Los diseños de la «Napalm 4». La deducción es sencilla.

Hace unos días conocí a una adorable jovencita, tejana, aunque nacida en Hawai, deliciosa. Hemos hablado de todo un poco, y ella aseguró admirarme por haber logrado perfeccionar la «Napalm 4». Y esta noche, a las diez y media, voy a su hotel a recogerla. Fue ella la que lo condujo todo de modo que yo la invitase esta noche, a las diez y media, ¿comprende?

—Usted siempre verá posibles espías en las mujeres hermosas que se le acerquen.

—Lo celebro, porque así me mantengo soltero. Ella se llama Maisy Roberts, y es un dechado en el arte de prometer sin dar. Sus padres son muy conocidos. He oído a gente famosa preguntarle a ella por Graham Roberts y su esposa María. A Maisy algún conocido de Miami, Santa Bárbara y demás playas, la llamaba «nena Maisy». ¡Qué desilusión! —sonrió-el ingeniero—. Casi creí que la nena estaba enamorada. Es mejor saber que no lo está. No me gusta que me tomen por un don Juan cínico.

Al llegar a la verja, tocó por dos veces el claxon, y el jardinero acudió a abrir. Dos dogos, enhiestas las cortas orejas, menearon la cabeza reconociendo a su amo.

En la casa, abrió el ama de llaves, y pasaron al salón Berkland y el inspector.

—Quédese Marta —invitó Berkland—. Esta noche, oiga usted lo que oiga, no abandone su alcoba. No abra la puerta. Gracias… Y ahora vaya a decirle a Mike, que él también debe encerrarse, y no asomar para nada, pase lo que pase. Gracias a los dos. Puede retirarse, Marta, y al regreso, tráiganos dos *whiskys*, a menos que el señor desee…

—Acepto el *whisky*.

Salió ella, y Berkland añadió:

—Quitaré los contactos, y para todo confío plenamente en usted, inspector, pero hay un detalle que no consiento. Mis dos dogos no tienen la culpa de que nosotros, los hombres, los condenemos a muerte para defender una bomba. Resultaría inhumano. Y no es ironía.

—Es sabido que usted tiene una máxima muy de admirar, que dice: «Yo no critico ni apruebo. Me limito a observar.»

—No es mía. Es de Stendhal, pero me la apropié.

—También sabemos que estima más sus perros que sus conocidos. Y en el coche en que vine estaban conmigo «*Flash*» y «Thunder». Se les ha entrenado para que cuando alguien les arroje carne, la cojan, y al poco se tiendan de costado, inmóviles. Al tenderse deslizan de sus bocas la carne, cubriéndola con la mandíbula y permanecen echados hasta que silba el agente entrenador.

—El
F. B. I.
siempre me ha asombrado.

—Sus dos dogos, nos acompañarán ahora, y mañana pueden volver a recorrer el jardín.

—Todo lo perdono, pero que una muchacha tan bonita, planee la muerte de dos dogos inocentes, debo confesar que me duele. Que me tome por un asno, eso no me ofende. Se interesaba mucho por mi soledad de soltero, y aludí a mis dos buenos perrazos… Bien, como es natural, nada le diré a Maisy Roberts, pero le agradezco me permita engañar a quien quería matar mis dos perros. ¿Qué más debo hacer, inspector?

—El que entrará en la torre será, seguramente, algún conocedor, aunque rudimentario, de diseños. No es posible, pues, modificar ni sustituir, pero nos interesa saber para quien trabaja. Tenga la seguridad de que lo que se lleve, volverá.

—Eso es cosa suya, inspector. La «Napalm 4» es al fin y al cabo, un instrumento más, pero no el único, de muerte. ¿Podemos irnos?

En pie los dos, se dispusieron a vaciar el vaso de *whisky*.

—A su salud, inspector. No brindo a la de la humanidad, porque le tengo rencorcillo desde que, al proponer el medio para acabar

con las guerras el público se rió de mí. Es un método corto, y se lo voy a explicar Por favor, Marta, salga, que no quiero herir sus castos oídos.

Ella salió, mientras los dos hombres bebían. Fue entonces cuando Berkland empezó a explicarle, impasibles las facciones de su rostro:

—Los ejércitos se distinguen por sus uniformes. Yo, sí visto de gris, disparo contra el que vistiendo de verde viene a atacarme. Ahora bien, si yo voy desnudo completamente y los demás también, ni sabré contra quien disparar ni me atacarán. ¿Quiere algo más sencillo?

—Usted es un humorista, Berkland.

En el coche, y ya cerca el amplio semicírculo donde vigilaban los motoristas de tráfico, dijo King:

—Hecha ya la sustitución de los dogos, queda ahora su casa dispuesta para recibir la visita, que al salir, será fiscalizada en todos sus movimientos. Y gracias por su colaboración, Berkland.

—No hay de qué. También yo agradezco su colaboración. Será íntimamente divertido ver los científicos esfuerzos de Maisy Roberts, para retenerme, cuando anuncie que tengo que volver. Arriba el telón, y siga la humana comedia, inspector. Adiós.

* * *

Maisy Roberts especificó:

—El kanako te facilita la entrada, Kirk y tú, Graham, ya inutilizados los perros y la línea telefónica, te limitarás a evitar que el jardinero o el ama de llaves puedan salir y dar la alarma. Te llamé urgentemente porque eras preciso.

Graham Roberts, llegado media hora antes, continuó cenando. Pero su rostro expresaba cierta duda, que percibió Maisy:

—No me equivoco, Graham, y sé muy bien que Berkland no es el necio enamoradizo al cual puedo engañar.

—No pensaba en el ingeniero, nena, sino en Kong.

—Él, solamente, puede escalar la torre, y darle entrada a Kirk.

—Entre nosotros no hay secretos y reina la confianza, pero Kong puede hablar.

—Respondo por él —dijo secamente Roket—. Hará lo que le

ordene.

—Puede matarse o le pueden disparar.

—En la selva, corría mayores peligros. Y tu sentimentalismo no es sincero. Graham. Además el peligro es mínimo. Berkland estará conmigo. Vamos al «Metropolitan» y él es fanático de la música de ópera. Saldremos a las doce y media.

—Tiempo sobrado —decretó Kirk—. A las once y media Kong escalará la torre. Si falla la cosa, o si lo conseguimos, da igual. A las doce y media habremos terminado.

A las once menos cinco, Graham Roberts, en el coche, comentó, al ir a descender Roket:

—Si tuvieses que matar al jardinero o al ama de llaves, ¿no crees que Kong?…

—¡No pretendas conocer mejor que yo el alma de un kanako! Para él, cuanto yo hago y ordeno está bien.

Kirk Roket llamó desde el umbral a Kong, que acudió dócilmente a su lado, y siguiéndole subió al coche. Puso en marcha Roberts.

—Puedes quitarte los zapatos, Patrick. Y los calcetines. Ahora escucha atentamente. No es sólo la jungla la que tiene vegetación sin más jardinero que la naturaleza, y donde no nace el hombre blanco. Estas ciudades son peor que la jungla. Es posible que alguien nos impida conseguir lo que deseo, nada habrás de decir de lo que allí veas o suceda. Debes subir por la torre, cuando yo te lo indique, y al llegar al último reborde de hierro, me echarás esta cuerda que puedes ya ir enrollando a tu cintura. Si alguien pretende subir, debes quitarle el sentido. ¿Lo has comprendido todo?

—Sí, *master*.

—Cuando yo entre, tú vigila, y si ves alguien pretendiendo atacar a este amigo mío, le defenderás. ¿Comprendido?

—Sí, *master*.

—Y nunca le dirás a nadie lo que ahora va a suceder.

—Nunca, *master*.

El coche enfiló la carretera del Hundson.

Al entrar en el coche donde la esperaba Berkland, Maisy Roberts, encarnación de la muchacha sencilla y sincera, sentóse, diciendo:

—Soy puntual, Tom. Las diez y quince.

—Una cualidad más a tus muchas cualidades, nena. Adopto el

apelativo de los que te conocieron en Miami y otros parajes semejantes.

—Me haces un honor, Tom. Casi tu voz tenía matiz de celos.

—Tener celos del pasado de una mujer es impropio de un hombre cabal. El pasado nunca existe, y la vida empieza cuando dos seres aceptan mutuamente su amor.

Mientras conducía, él miró su reloj, comentando:

—Perdona, nena, pero a las once y cuarto vuelvo a casa con cuatro amigos.

—¡Oh, Tom, no lo harás! Me prometiste llevarme al «Metropolitan».

—Y lo hago; ya te recogeré a la salida.

—Antes hablaste de amor, Tom. El preludio de amor es la cortesía y la galante deferencia debida al compromiso que…

—Me abrumas, nena, con este tono sentencioso. Olvida lo dicho. Amigos hay muchos, Evas como tú, sólo tú.

Graham Roberts descendió del coche, invisible desde la carretera. Llevaba un paquete en la mano, que despedía fuerte olor a hígado. Dos pedazos de sangriento hígado inyectados de arsénico.

Había ya cortado el cable de conexión telefónica con la línea general. Topográficamente sabía que las dos casetas de los perros estaban a cada lado de la verja, por dentro.

Al tocar los hierros, los dos perros en la oscuridad, gruñeron sordamente. Conocían su obligación…

En la zurda la pistola con silenciador por si salía el jardinero, habitante del pabellón a un lado. Los dos perros se abalanzaron a recoger el trozo de carne roja y fresca.

Graham Roberts esperó, pensando que cuanta más raza tenía un perro, menos ladraba. Cosa que favorecía a los ladrones…, mientras no penetrasen confiados al no oír ladridos.

Uno de los perros se revolcó durante unos instantes, y por fin quedó inmóvil, tendido de lado. El otro, a los cinco segundos, hizo lo mismo.

Graham Roberts levantó el cerrojo interior, y empujó suavemente un batiente, que sin rechinar abrióse. Habían pasado los diez minutos calculados, y ya Roket y Kong se aproximaban.

En el silencio nocturno, la alta torre sombreaba la penunbra con un trazo más denso.

Graham Roberts eligió un arbusto, tras el que se divisaba el pabellón y la casa. Kirk Roket, seguido por Kong, se detuvo cuando llegó al patio posterior.

Señaló a Kong la altura, y el kanako, tomando impulso, aferróse de pies y manos al muy escaso relieve de una moldura de piedra, bajo la primera balconada.

Sólo un simio, o quien como Kong tuviera la misma propiedad que ellos en la planta de los pies, y en la constitución de los huesos del tobillo, podía escalar aquella fachada.

En la noche, Kirk Roberts veía bien la silueta del kanako ascendiendo silenciosa y rápidamente. Graham Roberts tenía el convencimiento de que tanto el jardinero como el ama de llaves, no podían hasta entonces haber oído el menor ruido, salvo el gruñido de los perros, que lo mismo podía haber sido provocado por un gato, al ponerlos furiosos.

La cuerda fue serpenteando hacia abajo, hasta que Roket, asiéndose a ella, trepó. Al llegar a la última balconada bajo la cúpula, aplicó el «mordiente» sobre el encasillado del cerrojo que juntaba los dos batientes de la ventana.

El «mordiente» chirrió leve, y sus cinco diminutas sierras circulares fueron comiendo la madera, hasta que todo el cerrojo y su marco quedaron presos en los dientes exteriores del aparato.

Kirk Roket entró en el laboratorio, cerró la ventana, y su linterna iluminó el interior cuando comprobó que todas las cortinas estaban echadas. Sus dedos enguantados recorrieron los papeles de cuántas carteras y carpetas archivadoras pudo hallar en estantes, cajones y sobre la gran mesa de dibujo.

Halló por fin lo que buscaba la Red. Ya en el jardín, esperó a que llegase Kong. El descenso era más peligroso, pero no podía quedar allí la cuerda, después que el «mordiente» encoló el marco quitado, sin dejar huellas de la operación, sólo apreciables después de un examen detenido con lupa.

Kong, a su lado, enrollada la cuerda a la cintura, emprendió el camino hacia el coche. El último en llegar fue Graham. Roberts, quien empuñó el volante, y ya en la carretera, manifestó:

—Restablecida la comunicación. Tal vez la muerte de los perros haga creer a la policía, mañana, que el jardinero o el ama de llaves han querido despistar. En efecto, sólo un hombre como Kong podía

facilitarte la entrada.

Calzábase Kong, y Kirk Roket ordenó:

—A dormir, Patrick, y nada has visto ni nunca hablarás de esto.

Cuando estuvieron a solas Roberts y Roket, manifestó éste:

—Aquí está. ¿Tienes más instrucciones?

—Seguid en Nueva York. Yo llevaré esto a María, y quien lo recoja me hará saber si es provechoso que continuéis aquí. Me voy, y que Maisy te haga siempre feliz. Hasta pronto.

Thomás Berkland, a las doce y media salía del «Metropolitan» en compañía de Maisy.

—Estoy cansada, Tom, y puedes ahora ir en busca de tus amigos. No es venganza. Te aprecio, y prolongaría la velada, pero estoy algo fatigada. No obstante, cuando vuelvas a invitarme no mires tanto el reloj.

—Reflejos indomables. ¿Qué aspiras frunciendo este prodigio de nariz, nena?

—Lo percibí cuando me recogiste. Huele a perro mojado.

—Un olor que despedimos por la ropa cuando llueve. Le llaman higrométrica humana.

—No llueve.

—Pero el tiempo está muy húmedo y es lo mismo.

—Estás distinto, Tom. Casi desdeñoso.

—Una «pose» para ver si te conquisto.

Rió ella:

—Gracias. Bien, ¿podemos vernos mañana?

—Manda, y sea la hora que sea, acudiré presuroso.

—¿Almorzaremos juntos?

—Un posible placer.

A las diez de la mañana, telefoneaba Berkland a Maisy Roberts:

—Ha ocurrido un incidente, nena. Un robo en mi casa anoche, y de momento la policía sospecha del jardinero, del ama de llaves, y de mí… Sí, de mí. Ya sabes lo que ocurre con todos estos científicos que huyen o simulan robos, pero todo se aclarará. No vengas ni me llames hasta, que yo lo resuelva todo, mejor dicho, la policía. Puro trámite, nena. Adiós.

Maisy Roberts colgó. Miró a Roket.

—La policía sospecha de Berkland, del jardinero y del ama de llaves Todo va bien. Será mejor no vernos aquí hasta recibir

instrucciones, Kirk. Todas las tardes nos veremos en el «Storck», sin hablarnos. Cuando emplee mi encendedor de nácar, ya sabes donde nos hemos de reunir. Iré al «Madison» mañana, Quiero ver a Kong contra los dos luchadores.

—La policía sabrá ya que anoche saliste can Berkland.

—Y vendrán. Y al irse, estarán convencidos de que soy una sencilla muchacha rica. Y si me vigilan, sucederá lo mismo.

—¿Hasta cuando, Maisy?

—Yo no soy Norah ni tú eres Kong. La aventura nos une, y te he repetido que aunque quisiera, ya no puedo abandonar la Red… ni tú tampoco.

Kirk Roket, al abandonar el hotel, se encaminó al «Madison», para atender la llamada de Lewis Topfer, que le había citado para las once.

Lo encontró masticando su puro apagado, escribiendo.

—¡La sensación! Un negro de noventa y siete kilos, el terror de Harlem, reta a Perkins, porque desea aplastar a Gongo. Un negro espléndidamente negro, Kirk. ¿Se da cuenta? Un éxito anticipado. Toda la general y galerías están vendidas de antemano a Harlem. Ha firmado ya para esta noche luchar con Perkins.

Cogió Topfer el teléfono, y llamó:

—Envíenme a «Tonelada».

Perkins entró poco después, y Lewis Topfer le apuntó con el puro:

—¿Viste al negro?

—No destiñe, es puro negro —rió Perkins—. Le voy a…

—Siéntate y escucha, botarate. En el primer asalto le das a Jesuah un vapuleo amable. En el segundo, le aplicas un prohibido. Te amonestarán. Jesuah se enfadará, y según dice tiene una llave especial.

—Si no es una llave inglesa, yo…

—No hagas chistes, Perkins. En el segundo asalto, cuando Jesuah enojado vaya a aplicarte su llave, nada de sentirte listo. Tiene que luchar con Kong. Y después, la revancha, allá tú. ¿Vale?

—Por mí, vale, jefe. A mí los negros me son simpáticos. Unos buenos chicos.

—Un momento —dijo Roket—. ¿Jesuah? ¿Jesuah que más, Topfer?

—Jesuah Norris.

—Ándate con cuidado, Perkins. Este Jesuah es un bestia. En Harlem es el que tumba a todos los matones.

—Bien, yo… Oiga, jefe, advierta a Jesuah que si me hace alguna suciedad de esas que son inaguantables, le plancho. ¡Oiga! ¿Es que el negro va a sacar un truco de pies? Paso por todo, menos que me…

—Nada dé pies, Parkins. Jesuah luchará normalmente, salvo su llave especial. Te esperan los periodistas, para saber tu impresión acerca de este primer combate del terror de Harlem. Hazte el interesante. Y lo dicho; en el segundo, un prohibido, y a esperar la llave especial de Jesuah.

Al salir el luchador, Kirk Roket dijo:

—Jesuah no debería luchar, Topfer. Carece de nobleza deportiva.

—Bueno, pero la noche contra Kong, va a ser épica. ¡Fíjese en este proyecto de cartel! «¡El terror de Harlem contra el Tarzán kanako!».

En la sala de entrenamiento, dos periodistas abordaron a Perkins.

—Jesuah ha manifestado que es para él una cuestión de honor pegarle la gran paliza al kanako. Le hemos indicado que primero ha de medirse contigo. Y contesta que tiene una llave que ni tú ni Kong podréis aguantar. ¿Y bien, «Tone»?

—Los negros son buenos chicos, algo fanfarrones, pero buenos chicos. Yo lo que digo es que si no lleva un mazo escondido, o no saca trucos raros, yo le plancho, y tan amigos.

—Jesuah tiene un entreno especial, porque es el que impone el orden en las tabernas de Harlem. Se conoce la lucha de A hasta Z. Y su llave no quiere revelarla. La estrenará contigo.

—Ganará el que tenga más suerte, amigos.

—Tu modestia enternece, «Tone». ¿Y qué nos cuentas de Gongo Kong?

—Preguntádselo mañana a Caro y a Hans. Nosotros tenemos dos pies para andar, no para usarlos como manos.

—En la lucha los pies se emplean.

—Para empujar y atizar coces, ¡repámpanos! Pero eso de cosquillearle a uno con los pies, y sentir que le cogen con cuatro

manos… Ya os podéis reír. Yo no me enfado. Soy un deportista, ¡eso es! Las cosas claras. Apuntad, amigos: «Tonelada» Parkins es un deportista y nada más. Y esta noche planchará a Jesuah.

Capítulo VIII

Dos Combates Y Dos Muertes

«Tonelada» Perkins, en su esquina, examinó al que acababa de despojarse de su batín blanco. Jesuah Norris tenía la maciza constitución natural del forzudo.

El locutor había ya efectuado las presentaciones. Marcus Harvey actuaba de cuidador de Jesuah, al que susurró:

—Cuidando con estrangular a Perkins. Te quedarías sin la oportunidad de hacerlo con el kanako.

—A ése me bastará con asustarle —gruñó Jesuah.

El árbitro llamó a los dos contendientes. En busca del contraste, habían elegido al rubio y diminuto Bobby, el nervioso y enérgico árbitro.

Les llegaba apenas al cuello, pero asiéndoles por el cinto, aconsejó:

—Tú, Perkins, ya sabes como las gasto. Si metes el remo, le estiro de la melena. En cuanto a ti, Jesuah, eres nuevo. No muerdas, ni arañes, ni pegues en la carne del pantalón. El puño bien abierto, que lo vea yo bien abierto. Tengo la voz bien clara, y obedeced. De lo contrario me obligarás a lo que no quiero, Jesuah. Cuando diga separarse, eso digo, y aunque os creáis dos apisonadoras, yo soy el amo. Ahora daos las manos, como buenos chicos. ¡Las manos, venga!

Perkins ofrecía la suya. Jesuah le tocaba la mejilla con gesto protector, dando media vuelta. Galerías y general abundaron en alegres carcajadas.

En su rincón, Perkins gruñó:

—Un matón, eso es lo que es el negro. Un matón.

—Calma, Perk. Dale cinco minutos de lección.

Repiqueteó el gong, y Jesuah Norris, subiéndose el calzón, avanzó andando con contoneo fachendoso. Perkins tendió un brazo, saltó de lado, y rodeó con sus piernas el cuello de Jesuah.

El negro se tambaleó bajo el peso, agitó los brazos, avanzó, y proyectándose por entre las cuerdas, cayó fuera del *ring*, teniendo por colchón a Perkins.

Se aplaudió la rápida y vistosa defensa de Jesuah, que subió al *ring* a esperar, mientras Perkins abajo, se frotaba la cabeza, moviendo los labios y no precisamente en oración devota.

Jesuah fingía volver la espalda, mientras ya en el *ring*, Perkins se le acercaba. Bobby sonrió. Iba a ser un buen combate, con payasadas que exasperarían a Perkins.

«Tonelada» no tocó a su adversario. Atrajo violentamente las cuerdas a que se asía el negro, y de costado, con la testa hundida, le aplicó un cabezazo en el flanco. Y en la lona, Perkins supo trabar los brazos del negro, sentándose sobre su espalda.

Contorsiones, forcejeos, y Perkins soltó un bramido, abandonando su presa, Jesuah le había mordido un muslo.

Bobby abalanzóse sobre el negro, apoyando sus dos manos en el estómago de ébano. Hizo un ademán con la barbilla hacia el locutor, que notificó la primera amonestación a Jesuah Norris.

—Un kanako todo pies, y ahora un antropófago. ¡Maldita sea, lo que tiene que aguantar un, hombre de bien para comer!

Y el prohibido de Perkins llegó antes de tiempo, en forma de un puñetazo en la boca de Jesuah. Griterío y gesticulaciones de Bobby, hasta que el gong anunció el final del primer asalto.

Marcus Harvey hizo, sentarse a Jesuah de espaldas al rival.

—La corbata ahora, Jesuah, pero suelta cuando Perkins de la palmada de abandono. Recuerda que si le estrangulas, no te verás con el kanako en la próxima velada.

Perkins asentía al oír:

—Ya lo sabes, Perk. Ahora dale otro prohibido, pero no en la boca. Yo creo que lo bueno será un puntapié en donde se sienta.

—Vaya que será bueno, y con ganas. Y después que saque la llave ésa.

Al reanudar el combate, tras un intercambio de golpes con el

antebrazo, no pudo Perkins asestar el puntapié que preparaba. Se encontró de pronto con Jesuah a su espalda, y con un brazo negro bajo la barbilla, presionando la nuez. Veía la otra mano enlazada con los dedos doblados cerrando más el dogal de carne dura.

Trató de inclinarse para, darle vuelta de campana a Jesuah, pero tenía una rodilla en los riñones… Exasperado, lo intentó todo… Su rostro iba congestionándose, y quiso palmear sus manos en señal de abandono, pero no lo conseguía, porque, desmadejado, le invadía la asfixia.

Bobby gritó:

—¡Suelta, Jesuah!

El negro abrió repentinamente los dos bracos, y saltó hacia atrás. «Tonelada» Perkins cayó de frente, sin sentido.

Contó Bobby los diez segundos reglamentarios, a cuyo término, recuperado casi su normal color. Perkins empezó a volver en sí…

El público entero quedó convencido de que la llave de Jesuah Norris era un arma contra la que el kanako Kong no podría vencer cómodamente.

El comentario generalizado fue de que, así como los demás luchadores, con la excepción de Gongo Kong, daban la impresión de acróbatas circenses, Jesuah Norris producía una desagradable sensación de bestialidad complacida, de fiereza fanfarrona y agresividad constante.

Fue despedido con antipatía, porque pese a los gestos de Marcus Harvey, se negó a estrechar la mano de Perkins, que en su rincón, iba reponiéndose, aspirando a pleno pulmón el frasco de sales.

Lewis Topfer, frotándose las manos, estaba contento. La próxima velada, enfrentando a Jesuah y a Kong, atraería a todo el Nueva York amante de fuertes sensaciones. Ya veía el «*slogan*»: La pantera Negra contra el Gorila Kanako.

Al *ring* subió Caro Rigi, el italiano marrullero. El locutor anunció con aspaviento, imponiendo silencio:

—¡Denegada la autorización para que Hans Birdorf y Caro Rigi luchen en conjunto contra Gongo Kong, la empresa…!

Tuvo que esperar unos minutos para poder hacer audible lo que quería exponer:

—¡… la empresa participa que Gongo Kong renuncia al empleo de sus pies desnudos, que reserva para su combate contra Jesuah

Norris!

¡Gongo Kong luchará en iguales condiciones contra el campeón Rigi!

Lewis Topfer sabía que la protesta se acallaría al final, ya que en realidad el público acudía por ver al kanako impasible, elástico y dotado de una anatomía cuyas fibras y músculos poseían recursos que ningún gimnasio podía dar.

Caro Rigi era superior a Berdorf y a Perkins, en marrullerías, y su antigua profesión de boxeador le era muy útil. Bobby, también arbitraba y mientras comprobaba suelas, coquilla y uñas de Rigi, le advirtió:

—El kanako es noble y limpio, Caro. No emplees el truco de pegar el puñetazo y abrir enseguida la mano, que ya nos conocemos.

—A lucha limpia, se corresponder, Bobby. Gongo Kong, calzados los pies con sandalias de piel de tigre, escuchó al árbitro que, a su pesar, adoptó un tono, paternal:

—Buen muchacho, ¿no Kong? Tú, apenas grite yo, te separas. Buen muchacho. Y entre tú y yo, muchacho, con lo bien que estabas en la jungla, ¿a qué viniste aquí? Te vas a llevar mala impresión de nosotros.

Gongo Kong sintió algo extraño que apretaba su garganta. Era la primera vez que un blanco le hablaba con cariño, como el misionero.

Cogió la diestra del árbitro entre sus dos manos, sacudiéndola con vigor, mientras decía:

—Tú sí, bueno. Tú me hablas como el misionero Patrick.

Bobby se acarició el hombro, riendo, y volvió al centro del *ring*, desde donde llamó a los dos, y asiéndoles del cinto, miró al italiano:

—Caro, ojito con las marranadas. Kong es menos salvaje que tú, que yo, y que todos estos de las butacas.

—Vaya… Que Kong es una hermanita de la caridad —rezongó el italiano, pero tendió la diestra al gesto tímido que iniciaba el kanako.

—Bueno, Kong, que gane él que más acierte.

Y entonces ocurrió lo inesperado. Kong retrocedió, haciendo negativas con la cabeza. Bobby y el italiano le miraron sorprendidos. Kirk Roket, desde el rincón, llamó:

—¡Patrick! ¡Aquí!

El kanako se acercó, diciendo:

—Yo no peleo con este blanco. No me ha hecho nada.

—¡Idiota! Luchaste con Perkins…

—Era distinto. Me lo mandaste… cuando podías mandarme.

El público empezó a rumorear. El locutor subió, para, apresuradamente, llegar hasta el kanako.

—¿Qué pasa ahora?

Gongo Kong se revestía el batín, y Roket, palideciendo, conminó:

—¡A luchar, kanako asno!

—Este blanco no me ha hecho nada. Contra Jesuah, sí, pero no contra nadie más, porque es salvaje luchar para divertir. Luchar para matar defendiéndose, es ley de jungla. Hacerse daño para divertir, es lo que no hacen ni las fieras más malvadas de la jungla.



Caro Rigi habíase acercado con el árbitro. Susurró:

—¡Kong! Nos van a arrojar las sillas…

Gongo Kong cogió el micrófono portátil, y al colocarse en el centro del *ring*, sentáronse los intrigados espectadores.

Gongo Kong habló lentamente, escogiendo sus palabras:

—Luché contra Perkins porque obedecí a quien podía mandar en mí, pero ya no manda. Vine, pero este y éste —señaló al árbitro y a

Rigi—, son buenos. Yo no quiero pelear más que contra Jesuah, que es malo…

—¡Fuera, teatro, fuera! —gritaron algunos.

Gongo Kong, sin comprender, prosiguió:

—Con el blanco Roket estoy en paz. Nada le debo. Me ha engañado, y no manda en mí. Soy libre, y por esta cosa que hace grande mi voz, os digo a todos vosotros, que cuando luche con Jesuah, será de verdad, porque es malo.

Empezó a llover calderilla sobre el *ring*, y un griterío estruendoso acompañaba los pataleos sobre sillas, y las voces de:

—¡Comedia! ¡Te han enseñado una lección!

Gongo Kong volvió a alzar los dos brazos, en alto el micrófono. Al entrecerrar los blancos párpados, y crispar los dientes, su semblante se hizo siniestro…

Cuando cesaron los roncos bramidos de protesta, Kong habló:

—Cumplido mi deber con Roket, el mentiroso, yo sólo lucharé contra Jesuah. Pero si ahora alguien quiere subir aquí, también lucharé…

Lewis Topfer, congestionado, comiéndose a bocados su apagado puro, telefoneaba incansablemente a todas las comisarías. Las primeras filas de espectadores se disponían a asaltar el *ring*, donde Kong se estaba descalzando.

Bobby, Caro Rigi y el locutor suplicaban, hacían gestos de apaciguamiento, mientras Kirk Roket, saltando las cuerdas, se aproximaba al kanako.

—Te he mentido, Kong, pero tú debes saber que cuando se quiere con furia a una mujer, hay que hacer lo que… Escucha, Kong, lucha ahora o nos van a linchar.

—No sé qué es linchar, Roket. Pero este y éste me han hablado en un tono que nunca empleaste conmigo.

Forcejeaban alrededor del *ring* los más exaltados retenidos por sus esposas o amigos, mientras un cordón de policías cogidos de las manos iba formando círculo alrededor del cuadrilátero.

Un altavoz a través del que farfullaba Lewis Topfer, clamaba:

—¡Serán devueltos los importes de las localidades, señoras y caballeros! ¡Por favor! ¡La empresa declina toda responsabilidad en este incidente que es la primera en deplorar! ¡Cultura, ciudadanos! ¡Somos una raza superior!…

Los policías, ensanchando el círculo, iban desalojando a los espectadores, hasta que el tumulto se apaciguó, y la voz de Topfer se puso a clamar:

—¡Jesuah Norris, acepta combatir en sustitución del… kanako! Los espectadores que no estén conformes pasen por taquillas… ¡Gracias, señoras y caballeros!

Otra doble hilera de policías contenía ya a la avalancha humana, asegurando el pasillo por el que iba a abandonar la sala Gongo Kong.

Kirk Roket le asía de un brazo apremiándole:

—Ahora hablaremos, Patrick. Pero, por lo que más quieras, ven conmigo y no mires así a la gente. ¡Nos van a linchar!

Por fin, bajo una lluvia de cacahuetes, bolas de papel, calderilla y nutridos insultos, Kong llegó hasta el rellano, ante la puerta que conducía al vestuario.

Lewis Topfer, con las manos en los bolsillos, masticando el puro, esperaba en el interior.

Miró con salvaje expresión al kanako cuando éste se sentaba en un banco.

—¡Soy padre de familia, y cristiano, Gongo Kong! Pero si hay un hombre al borde del crimen este soy yo. ¡Y maldición sobre usted, Roket! Usted que juraba que con mover el meñique…

Kirk Roket atajó al empresario con un breve ademán:

—No se queje. La próxima velada contra Jesuah, será un escándalo de precios y público. Que mañana la Prensa publique cuanto quiera, con declaraciones de Kong pidiendo perdón, y todo arreglado.

—En mi despacho está un inspector de policía, diciendo que todo ha sido una comedia, y que me van a multar y retirarme la licencia para organizar veladas.

Abrióse la puerta del vestuario, que estaba entornada, y apareció el inspector de policía:

—Oído, y comprobado su inocencia, Topfer. Pero no le extrañen los recelos, porque usted era capaz de haber organizado este tinglado.

Ojeó con curiosidad al kanako que se estaba vistiendo, y entre dientes, rezongó:

—La culpa es nuestra. Este hombre no debió abandonar su

jungla para ser, transportado directamente al «Madison», sin pasar antes por escalas que le enseñaran que… los civilizados somos más complicados que por su tierra.

Inspector y empresario salieron. Kirk Roket dijo:

—Te mentí en lo de Norah, Patrick, porque te necesitaba. Porque una mujer que para mí es como Norah para ti, me lo pidió.

—Engañar es herir sin arma, Roket. Te respetaba y te he perdido todo respeto. Que tú Dios te perdone, porque no es el mío, no es el que me enseñó a respetar el misionero.

Gongo Kong, ya vestido, salió, escoltado por seis policías. Un «taxi» lo condujo a su hotel. No comprendía la mentalidad blanca, que se exasperaba porque él les decía francamente que no quería luchar contra quien nada le había hecho.

En su habitación, se tendió boca abajo. Quería pensar en lo que le parecía difícil de entender: aquello de que todas las almas eran idénticas… sin importar el color de la piel ni la raza.

Cautelosamente, una silueta se aproximó. Era Maisy Roberts… Patrick Kong saltó en pie, alertado.

Maisy Roberts, que se disponía a aplicarle un culatazo, permaneció con la diestra dentro del bolso, empuñando la pistola normalmente.

—Soy la prometida de Kirk Roket. Le estaba esperando, Kong.

—Ah… Tú eres la mujer que Robert prefiere a la verdad. Su habitación no es ésta. Es aquélla —y señaló la puerta comunicante.

Ella sonrió, abandonando por el instante su primitivo plan, de romper el cráneo del kanako, para después encerrar su diestra alrededor de la pistola con la que iba a matar a Roket.

—Le esperaré.

Volvió a tenderse Kong, y ella pasó a la vecina habitación, a donde poco después llegaba Roket.

—Tenemos que hablar, Kirk, es urgente. Oí lo que dijo Kong.

—Él se refiere a Norah, no a lo que anoche pasó.

—Es grave, Kirk. Graham y yo nada hemos dicho, y sin embargo, han seguido a Graham y han capturado a los enlaces de la Red. El F. B. I…

—Entonces, tú…

—No me han seguido, porque conseguí burlar al agente, que me cree en el tren de Pensylvania. Hemos fracasado los Roberts, pero

ahora la Red nos ha condenado, Kirk.

—Yo nada dije… Pudieron vernos anoche…

—No. Lo sé porque ahora comprendo la actitud de Berkland, se burlaba de mí. Lo sabía todo. Olía a perro en su coche. Sus dos perros queridos que hoy están bien vivos por el jardín. Y si lo sabía antes de que vosotros fuerais a su casa, es porque alguien habló.

—Kong… —dijo en voz baja Roket.

—Estamos condenados a muerte, Kirk, y casi sería preferible que me entregase al
F. B. I.
, sino supiera que apenas lo hiciese, la Red enviaría pruebas de las muertes en que intervine. Fiaste en Kong, y ahora, ves los resultados. Tenemos en contra el
F. B. I.
y la Red.

—¡Maldición! Le voy a…

—Te habrán seguido hasta aquí, Kirk. Estamos vigilados.

—Huiremos lejos, y conmigo nada has de temer.

—Lo tenía todo, y ahora soy una sentenciada. La Red no perdona a los que fracasan. Ellos no saben que Kong tiene la culpa… Sólo saben que los Roberts y Kirk Roket han fallado, y que por culpa de ellos han caído presos sus enlaces en los Estados.

—Hay islas y tierras a donde no llegan la Red ni el
F. B. I.

Ella se levantó, y parecía una niña abandonada, temerosa. La estrechó Roket entre sus brazos, en beso apasionado.

Sobre su costado quedaba el bolso, a través del cual, el silenciador, por dos veces, chasqueó. Por dos veces sobresaltose herido de muerte Kirk Roket. Sus manos descendieron aferrando el cuello de
Meih-si
Tien-Wuhu
, que apretó con sus últimas energías. Y el crispado índice de la oriental se agarrotó alrededor del gatillo, presionando, hasta vaciar el cargador…

* * *

El inspector King explicaba a Marcus Harvey, en el «Savoy Black»:

—Los dos estaban abrazados, pero el rostro de ella era horrible de ver. El agente que siguió a Roket, subió, y escuchando percibió los clásicos chasquidos de un silenciador. Primero por dos veces, luego cinco. Cuando se hizo un silencio absoluto, pidió la llave maestra al gerente. Estaban los dos muertos. Ella le disparó, se deduce que mientras estaba Roket abrazándola. Él la estranguló.

—¿Y Kong?

—Dormía. No podían alarmarle unos chasquidos de silenciador.

—Que siga durmiendo. Mañana le diré que Roket partió para un largo viaje.

—Un gran servicio, Harvey. Toda la cuadrilla de la Red del Dragón que operaba en los Estados. Tardarán en poder reorganizar este ramal de sus actividades. Y es de esperar que nadie se valdrá de los prensiles pies de Kong para escalar torres.

—Kong sigue durmiendo, inspector. Ni entendería la muerte de Roket ni lo que es la Red. Ni siquiera el

F. B. I.

Y sin embargo, el que está durmiendo, inocentemente, ha originado dos combates escandalosos esta noche. Y moraleja: «no mientas a un ser puro de alma, porque la mentira traerá tu castigo». Descansa en paz Kirk Roket. Evohó, inspector.

Capítulo IX

LA Ley DE LA Jungla

Patrick Kong se desperezó, y saltando del lecho, recordó que por la noche, había habido muchos ruidos extraños en la habitación de Kirk Roket, y entre ellos, dos silbidos como de víbora, seguidos por otros cinco de idéntica malignidad.

Completamente vestido, sólo los pies desnudos, paseó por la habitación, yendo después al ventanal. Llovía, y los rascacielos se envolvían en una bruma ligera, dando fantasmal aspecto a la ciudad vertical.

Acababa de amanecer, y Patrick Kong sentía que la melancolía huiría de su espíritu cuando Norah Hazel colocándose a su lado, sin hablar, deslizara su diestra en la suya, en gesto de aceptación.

Desayunó a las siete y media, y después paseó por el Central Park, bajo la llovizna, esperando la apertura del Parque Zoológico.

Estaba a gusto, viendo como tras las rejas, un leopardo le contemplaba, erizado el lomo, brillantes los ojos. Lo prefería así, a verlo con la mirada apagada, mientras ante él pasaban blancos.

Todas las fieras, cuando Kong se detenía ante ellas, olfateaban este olor que ningún otro olfato podía percibir. Un olor de jungla.

Se removían inquietas, dando paseos junto a los barrotes, latigueando la cola, gruñendo, arañando el suelo…

Patrick Kong habló al tigre de Bengala:

—Estáis tristes porque os encierran. Eso es injusto. Pertenecéis a la selva, y el blanco si os quiere admirar, a la selva debe ir. Ésta es la ley.

A lo lejos, dos guardianes miraban a Kong.

—Viene todos los días, y habla con los animales —dijo uno—. No les echa comida, y en cambio, apenas llega, en cada jaula se organiza el jaleo. Fíjate ahora en el tigre…

—Lo que yo me fijo, es que éste se ha escapado de un manicomio. —¡Seguro que sí! Mira, va descalzo. Oye, mejor será que avises a unos cuantos, porque el tipo tiene unas espaldas y una talla, que si le da el ataque furioso, nos desloma.

—¡Avisa a los de elefantes!

Patrick Kong seguía hablando; pero lo hacía en kanako, y su garganta barboteaba sílabas guturales, recortadas, como vibraciones animales:

—Debes volver a tu jungla, porque aquí agonizas y sufres.

No se daba cuenta de que a cada lado suyo, y también detrás iban reuniéndose los guardianes más forzudos. El día desapacible no invitaba al público a acudir al Zoo, y era Kong el único visitante.

Cuando se disponía a saltar por encima de la valla, dos guardianes le asieron por las mangas del abrigo, mientras otro exclamaba:

—¡«Hey», ciudadano!

Patrick Kong volvió en sí, al oír la vulgar voz humana… Miró a los que le sujetaban, y al grupo, alguno de cuyos componentes, iba provisto del tridente con que servían la carne cruda a las fieras.

—No deben estar prisioneros estos seres que sólo atacan cuando tienen hambre. Deben estar en la jungla —dijo.

Uno de los guardianes, comentó:

—¿No dije? El ciudadano está como la chiva rubia. Oiga, amigo, no arme lío, y venga con nosotros.

Patrick Kong levantó los codos, sacudiendo, las manos que asían su abrigo. Replicó:

—¿Quién es el blanco que manda aquí? Tengo que hablarle.

—Bueno, bueno… Pues vamos allá. ¿Dónde se dejó los zapatos, ciudadano?

—En el hotel. Ya no tengo porqué llevarlos, y antes no los llevaba. La tierra debe siempre sostener la palma del pie.

—¿La palma del pie? ¡Dios, cómo está el patio! El ciudadano tiene la azotea con goteras. Vamos a ver al que manda, ciudadano. Siga sin alborotarse.

Encuadrado entre ocho guardianes, llegó Kong al umbral, desde

donde se divisaba la ambulancia requerida telefónicamente. Dos enfermeros vestidos de blanco, oyeron al guardián:

—Quería soltar al tigre. Dice que los pies tienen palma que debe tocar la tierra. Y que quiere hablar con el que manda.

Uno de los enfermeros, especializado, habló amistosamente:

—Venga conmigo, amigo. Le llevaré en este coche a hacer una visita al que manda.

Dócilmente, Kong entró en la ambulancia, y los dos enfermeros se sentaron ante él. Uno ocultaba a la espalda la camisa de fuerza.

Extendióse Kong en consideraciones acerca de la ley blanca que hacía agonizar a seres inofensivos si no se les atacaba o no tenían hambre. Los enfermeros asentían a todo, pero como sabían que decir siempre que sí, exaspera a algunos locos, de vez en cuando, uno de ellos, oponía débiles reparos.

Sin incidentes, llevaron a Kong a la sala del doctor de guardia, al que informaron en voz baja. El doctor miró los desnudos pies del kanako. Después se le acercó, diciendo:

—Bien. Usted es albino —y señaló la piel del rostro.

—Cronak, se llama entre los kanakos. Soy Patrick Kong.

—¿Kong?… ¡Diantres! Usted es el kanako luchador, el de los pies prensiles, que anoche armó el escándalo, negándose a luchar, y retando al público. ¿Es cierto que quería usted soltar las fieras del Zoo?

—Ley de jungla.

—Estamos en Nueva York, Kong. Ustedes dos pueden retirarse. Sí, ya los llamaré si les necesito.

Los dos enfermeros salieron, y la puerta dibujó en su mitad superior de cristal, las dos siluetas del busto expectante, por fuera.

El doctor dijo:

—Siéntese, Kong. Llamaré a un colega mío, especialista en dermatología.

Marcó números en el teléfono, y al obtener respuesta, invitó a otro médico a venir lo más pronto posible. Después, colgando, se sentó:

—Dermatología es una ciencia que se especializa en las enfermedades de la piel. El doctor que va a venir, tendrá curiosidad por verle, ya que la «cronak» es un caso interesante para él.

—Los kanakos huyen del «cronak». Huían de mí.

La naturalidad y sencillez del kanako, servían de estudio psicológico al doctor, que cuando llegó el dermatólogo, expuso concisamente lo ocurrido.

El dermatólogo levantó un párpado de Kong, le hizo abrir la boca, y por fin dijo:

—Albino puro. El procedimiento de Vernet daría resultados, si la reacción primera es favorable. Yo sostengo que la «cronak» no es incurable, en los casos en que es producida por albinismo, aunque en su mayoría los casos de las islas del Mar del Sur, son de herencia leprosa, pero este caso no lo es. ¿Cómo se llama usted?

—Patrick Kong.

—Hágase cargo Patrick Kong, que soy una especie de brujo que puede curar.

—Sí, un doctor, ya sé.

—Mejor entonces. Yo puedo devolverle la pigmentación nativa, y en todo caso, si fracaso no sufrirá. Bastaría sacarle unas gotas de sangre, y someter… Escuche, ¿dónde viven sus padres?

—Murieron.

—¿Algún familiar?

—No tengo.

—Es que necesito alguien que me autorice. Un buen amigo suyo.

—¡Marcus!

—¿Quién es Marcus?

* * *

Marcus Harvey llegó hasta el despacho donde esperaban los dos médicos, mientras Kong yacía anestesiado en una cama rodante, bajo los efectos de dos inyecciones preparatorias.

—Soy Marcus Harvey, el que han llamado por teléfono.

Explicó el psiquiatra lo sucedido en el Zoo, terminando:

—Convendría que usted se hiciera cargo de la custodia de Kong, y hablase con la policía, a quien he tenido que informar. Mi colega, estima que Kong puede recuperar el color negro… y Kong quiere… Dijo que así una tal Norah estaría muy contenta. Le citó como su único amigo. Usted para autorizar el tratamiento, debe firmar.

—Hay negros que darían toda su fortuna para tener la piel blanca. Pero son negros perjuros. Kong es como yo, tiene orgullo de

su color. ¿Qué procedimiento, doctor? ¿El Blümel o el Vernet?

—¡Diantres! Está usted enterado… El Vernet.

—¿La reacción sanguínea acusó ascendencia leprosa?

—No. Vamos, pudo decirnos que era doctor. Harvey.

—Soy bailarín —sonrió Harvey, trenzando unos pasos de «claqué»—. Si la reacción fue favorable, y al no existir pigmentación pecosa de pelirrojo, Kong puede tener el color que le pertenece, a lo sumo, dentro de… ¿cuántos días, doctor?

—Mañana por la noche. Pero, con certeza, esta misma tarde, lo sabré. El primer síntoma de desaparición del albinismo en la raza blanca, se manifiesta en la coloración de las encías. El blandeo se vuelve mate. El kanato «cronak» recupera su color negro. Dentro de unos momentos, Kong estará a punto para ser inyectado de nuevo. Las fiebres son elevadas, y son precisas para revulsionar la sangre y acelerar la aparición de los pigmentos. Mañana por la noche, Kong estará lúcido, y si no recupera el negro color, tampoco habrá perdido nada. Honorarios, no los hay, Harvey. Este caso, si resulta, lo comunicaré a la. Academia, y me dará prestigio, porque siempre sostuve que el albinismo kanako, de no ser hereditario por lepra, es curable.

* * *

Al día siguiente a las siete de la tarde, Marcus Harvey contemplaba a Patrick Kong, desnudo en la mesa del quirófano. Una piel tersa, negra y reluciente, pestañas oscuras. El cráneo rapado era de un matiz bronceado y en las palmas de los pies y manos, el clásico sonrosado de la raza negra.

Patrick Kong respiraba menos agitadamente, y no tardaría en recuperar los sentidos. El dermatólogo tenía un aire triunfante.

A las siete y media, a solas con el kanako, Marcus Harvey empezó a repiquetear suavemente con los pies, junto a la mesa, porque Patrick Kong acababa de abrir los ojos.

—Estoy aquí, Patrick, *evohé*, hermano. Tu piel es como la mía, pero tu alma es mejor, porque yo soy falso, aunque defiendo la ley de la jungla blanca. Norah sabe que te estaban sometiendo a tratamiento. Norah te quiere, Patrick. No me lo ha dicho, por pudor, ni nunca lo dirá como es nuestra ley. Ellos, los blancos se

juran amor, con muchas palabras, y Norah es negra buena, de un solo hombre. Ha dicho… ¿cómo dijo?… «Hermano Marcus, dile a Kong que no le escribo, porque sé que él me protegerá siempre». Vístete, Patrick, que esta noche no bailo para nadie más que para ti y Norah.

—Y después… le hablaré a Jesuah.

—Hay «vudú», Patrick. Luego te explicaré. Ahora vayamos a ver a Norah. No está en la tienda, ni va a bailar. Le dije que hay «vudú».

El doctor entraba. Miró a Patrick Kong, al cual le tendía Harvey unos zapatos de flexible piel de antílope.

—Espléndido y sencillo. Bastaba que un kanako viniera aquí, ya que no podía yo ir a Nueva Guinea. No habrá más kanacos «cronak», y llegaremos a curar hasta el albinismo leproso.

—Evohé, doctor. Usted es un hombre de bien, y la ciencia hermana a todos los que tienen buena voluntad.

Patrick Kong se miraba al espejo, absorto, con éxtasis. Le sacó de su embeleso arrobado, Marcus Harvey.

—Vamos, Patrick.

Y en la calle, comentó Harvey:

Norah está orgullosa porque no eres negro sofisticado.

—¿Qué es eso?

—Miles de negros darían su fortuna por ser blancos. Y los patriarcas de Harlem te quieren, Patrick, porque tú, pudiendo tener la piel blanca, aceptaste lucir con orgullo nuestro color.

—Norah… —bisbiseó Kong.

En la calle octava, un caserón de madera almacenaba en la ribera, mercancías de todas clases. En el anchuroso sótano se celebraban reuniones a las que ningún blanco tuvo acceso: Reuniones «vudú».

Nora Hazel vestía enteramente desde el cuello hasta los pies una túnica amplia de color ceniza, pies desnudos. A cada lado estaba un negro de blancos cabellos. Los tres en el rellano de acceso, al fondo del almacén, por donde se descendía al sótano.

Patrick Kong se aproximó, viendo sólo a Norah Hazel. Los tres giraron empezando a descender. Kong siguió tras ellos, y Harvey le detuvo cuando llegaba al último peldaño.

En el vasto sótano, sólo lucían antorchas, y alineábanse contra

las paredes varias filas de negros. Al fondo, tras una mesa, se sentaban cinco negros de blancos cabellos, junto a los que se colocaron los dos que daban escolta a Norah Hazel, que se volvió de espaldas.

Jesuah Norris estaba solo, en el centro del cuadro, frente al extraño tribunal, donde el negro que se sentaba en medio de los otros, a modo de presidente, se levantó. Su voz sonora habló gravemente:

—Marcus fue escuchado y no dijo si no aquello que debía llegar a nuestro corazón. Marcus explicará a Patrick el «vudú» reunido para entender las razones de Jesuah y las razones de Patrick.

Marcus Harvey, asiendo del brazo a Kong, que sólo miraba a Norah, de espaldas a él, avanzó hasta que quedó entre Kong y Jesuah.

—El «vudú» es la reunión secreta de los negros de Harlem, Patrick. Aquí, o donde se reúnan, sentencian y aplican la ley nuestra. Los blancos creen que el «vudú» es salvaje y sangriento, porque es contrario a su ley. Pero el «vudú» que ahora se ha reunido, es puro porque ha de entender y juzgar la razón que asiste a los dos negros que quieren por mujer a la misma hembra. Norah no es negra sofisticada, sino que siempre renunció a amoríos, porque esperaba al que le era destinado, por ley no escrita, que habla en los corazones. Jesuah quiere matar a Patrick y Jesuah dará sus razones a los patriarcas.

Jesuah avanzó unos pasos, y alzó los brazos diciendo con tono lastimero:

—Yo, Jesuah, hace dos años que pedí a Norah por esposa. Ella me hubiese aceptado. Vino el kanako…

—¡El negro Patrick! —exclamó el que presidía aquel extraño, pero frecuente tribunal.

—El negro Patrick —dijo dócilmente Jesuah— vino y la pretendió. La negra Norah, por nuestra ley de «vudú», no puede decidir. Ella escucha, pero no ha de hablar. Yo digo, que Jesuah, que lleva treinta y cuatro años en Harlem, desde que nació, tiene más derechos que Patrick. El negro Marcus propuso que lucháramos y yo, para mayor gloria de Harlem, hubiese estrangulado a Patrick, porque lo dijo uno de los mejores y lo repito: «Aquel que pretenda robar la mujer que nos ha de pertenecer, deberá, desangrarse».

Retrocedió unos pasos, y Marcus Harvey empujó a Kong, que al ademán invitador del negro en pie, tras la mesa, se acercó.

—Tú dirás, Patrick, tus razones para pretender a Norah.

—Yo hubiese matado a Jesuah, pero Norah me pidió que no le hiciera daño. He oído a Jesuah, y él ha hablado como lo haría yo. Quiere matarme y es justo. Quería hacerlo bajo un puente, pero Marcus, sabiamente, le dijo que si lo hacía así, la ley blanca le llevaría a una silla que da la muerte. Jesuah debía luchar conmigo, porque es justo que si dos hombres libres quieren por compañía a la misma mujer, uno de los dos es preferible que muera, a vivir sin ella. Es natural, y por lo tanto Jesuah tiene razón. Pero si él vio dos años antes que yo a Norah, ¿es justa su razón? Si Norah fuese su esposa, yo no estaría hablando aquí. La hubiese robado. Sí, yo confieso que la hubiese robado, matando a cuantos me hubiesen querido cortar el paso. Porque apenas vi a Norah, supe que ella no tenía protección, y donde rige la verdad, aquí en el pecho, yo oí que mi otra voz me aseguraba que Norah era la mujer que la jungla hizo nacer para mí. Norah lo sabe, pero ella no es quién para hablar aquí donde se reúnen los negros que mandan y saben.

—Yo soy el que esta noche interpreta el sentir de todos los reunidos en este «vudú» —dijo el negro en pie—. He oído a Jesuah, y he oído a Patrick. Si Norah fuese una negra de las que abundan en Harlem, no nos hubiésemos reunido porque, de cien negras de Harlem, sólo hay una que se conserve pura.

El mismo rió, y entonces un coro de carcajadas brotó de los cuatro costados. Todos reían inclinando los bustos y dándose palmadas.

Extinguido el corro de risotadas, el que oficiaba de juez, miró a Jesuah:

—Tienes treinta y cuatro años de Harlem, y Patrick sólo unos días. Tienes gran maestría luchando, Jesuah. Oíste que Patrick reconoce tu derecho a luchar por Norah. Pero yo digo, y el orador se rascó complacido el lanudo cráneo, yo digo, que si Patrick tuviera treinta y cuatro años de Harlem, y dos viendo a Norah, si Jesuah fuera Patrick, hubiese robado a Nora, porque Jesuah es un negro que no tiene la nobleza de Patrick. Y por lo tanto, yo digo, que enfrentar a Jesuah con Patrick en lucha a muerte, es dar ventaja a Jesuah, porque yo sé que Patrick no quiere matar a

Jesuah. Quiere dejarlo unos meses en una cama, con algún que otro hueso roto, pero esta generosidad va en provecho de Jesuah. Yo digo que los cuatro jueces propongan la mejor prueba para ayudar al destino de Jesuah y Patrick.

Se levantaron los otros cuatro, y a medida que los señalaba el del centro, que hasta entonces hablara, cada uno decía una corta frase:

—Puñal.

—El fuego.

—Las manos.

—La bala negra.

A cada mención, los hombros de Norah se estremecían, pero continuó sin volver el rostro. Al sentarse los cuatro, el orador preguntó:

—¿Te sometes a cualquiera de las pruebas, Jesuah?

—Me someto.

—Avanza, Patrick, para que sepas en qué consisten las cuatro pruebas que has oído. El puñal es el arma preferida de Jesuah, y te darán otro. El puñal decidirá. El fuego lo da una antorcha, como arma. La llama al quemar decide. Las manos, es luchar desnudos. Dos pruebas no son justas, porque el puñal es el arma favorita de Jesuah, y en cuanto a manos tiene cuatro Patrick, El fuego iguala así como la bala negra. Son dos pistolas, Patrick, pero sólo una cargada. Se echan los dados, y el que alza más el número, coge una de las pistolas, dejando la otra para su rival. Dispara el que no ha elegido, y el destino favorece al que tiene su pistola cargada con la bala negra. Tú eliges, Patrick, como honor a tu decisión de renunciar a tu blanca piel.

—Si Josuah elige puñal, le mataré. Si elige las manos, irá a una cama. Si elige el fuego, lo quemaré. Y tengo tanta certeza de que Norah es mía, que si Jesuah quiere será la bala negra la que decida.

—¡Evohé! —clamó el presidente—. Habla tú ahora, Jesuah.

—¡El puñal!

—Oídos Patrick y Jesuah, el «vudú» decide. Yo el último. Decidid, compañeros.

A una los otros cuatro se levantaron y por turno dijeron:

—Puñal.

—Fuego.

—Las manos.
—La bala negra.
Be sentaron y el orador rió satisfecho:
—Mis sabios compañeros no se deciden nunca. Soy pues, yo, el que al elegir, decido. Si digo puñal, se favorece Jesuah. Si digo fuego, iguala, pero el olor a negro quemado es muy apestoso. Las manos, favorecen a Patrick. ¡Sea la bala negra!
Hizo una señal, y un cántico se inició, sonoro, retumbante bajo la bóveda del sótano. Poco después, un negro colocaba ante el presidente un cojín forrado de raso blanco, sobre el que dos pistolas de modelo antiguo se cruzaban. Había una bala pintada de negro, que cogió entre sus dedos el presidente.
—Ésta lleva en sí la ley del destino. ¡De espaldas todos!
Los de las paredes miraron hacia ellas. Jesuah, Patrick y Marcus, giraron sobre sus tacones.
Un denso silencio se prolongó durante varios segundos, y por fin, dijo el orador, que acababa de introducir la bala en la cámara de una de las pistolas:
—Los dados.
Volvieron todos a ocupar su primitiva posición. Tendía el orador unos dados que cogió Jesuah.
—¡Echa, Jesuah!
—¡Once! —cantó el orador apenas cayeron los dados—. ¡Echa, Patrick!
—¡Seis! —cantó—. Elige tú, Jesuah.
Jesuah Norris bamboleose sobre los anchos pies. Por fin, apuntó con el índice a la pistola que el orador tenía en alto en su mano izquierda.
—¡Cinco pasos, Jesuah!
Marcus acompañó a Patrick, colocándole de modo que quedara a cuatro pasos frente a Jesuah. Los que estaban tras la trayectoria de ambos, se apartaron, dejando un vacío en la pared, mientras los contendientes presentaban sus perfiles al tribunal.
Un negro colocó ante los pies de cada uno la pistola que la suerte había determinado.
—Es pues, Patrick, quien primero apretará el gatillo. Puedes coger la pistola, Patrick, sin colocar el dedo en el gatillo. A esta distancia, no puede fallar el que dispare. ¿Dónde vas a apuntar,

Patrick?

—Yo pondré el dedo cuando me ordenes hacerlo, patriarca, y los dos ojos en la frente de Jesuah.

—Muy bien hablado. Eso es, en la frente. No falla, porque tienes derecho a tender el brazo. Tiende el brazo, Patrick… Tienes el brazo muy largo. Ahora estás a un metro de la frente de Jesuah. Si la bala negra está en tu pistola, Patrick, el Destino reconoce que tú eras el negro elegido para hacer feliz a Norah.

Jesuah cerró los ojos, y su tez iba adquiriendo un matiz grisáceo. Ante él, tendido reciamente el brazo, Patrick apuntaba su rostro.

La ley del «vudú» era inexorable. Habló el orador:

—Jesuah es valiente, Jesuah sabe que tiene razón, y no ignora que si no resiste la prueba, tendrá que irse de Harlem, porque si pisa sus calles, morirá. Y sabe que si se va, y sufren daño Patrick y Norah durante seis sábados de «vudú» irá muriendo poco a poco se esconda donde se esconda. Pero Jesuah sabe que tiene razón. Vedle, viva imagen de la valentía… ¡Vedle, que el Destino ha hablado! —exclamó con voz tonante el orador agitando los brazos.

De rodillas, sollozando, Jesuah, gritaba cubriéndose el rostro:

—¡El Destino ha hablado! ¡Nora es de Patrick!…

—Era mala pasión —decretó el juez—. Si Jesuah amase como Patrick, estaría en pie. ¡Dadle escarmiento a este negrazo majadero que nos ha hecho reunir en «vudú», acobardándose después!

Uno a uno, cada asistente, desfiló ante el arrodillado, escupiendo, y al terminar el desfile, habló el orador:

—Así te ves, negrazo estúpido, cubierto de saliva y oprobio. Das asco, Jesuah. Vas a irte muy lejos de Harlem. Te sentencio a ir al otro extremo del Continente, porque no has sabido defender como negro valiente tu mala pasión. ¡Echadlo al río y que a nado vaya a la ribera opuesta! ¡Oprobio para Jesuah!

Marcus cogía la pistola que en sus manos tenía Patrick. Acallado el rumor de mofa que acompaño a los que empujaban a Jesuah, el orador se rascó la cabeza.

—No ha terminado el «vudú». Al regreso de los que habían ido a bañar al sucio negro, saciaré la curiosidad de todos. Cantad en honor de Norah y Patrick.

Interrumpiose el canto porque casi de inmediato, regresaron los ejecutores, como los demás, ávidos de saber una sola cosa:

El presidente dijo:

—En la bala negra, siempre se habla para poner a prueba la valentía y también para que el espectáculo no sea corto. Al hablar como lo hice, ¿fui a favor de Jesuah?, ¿fui a favor de Patrick? Tú eres listo, Marcus. ¿Hablé por quién?

—A favor, de Jesuah.

—¡Evohé! Sí, a favor de él. Vosotros, negros estúpidos, os creíais que yo, sabiendo a donde estaba la bala, asuste a Jesuah… ¡No, el Destino nunca miente! La bala está en la pistola de Patrick. Pero Patrick no odiaba al negro cobarde. Y cubierto de salivilla quedó mejor que rota en sangre la frente. Y Patrick ríe… Mirad, mirad… Ríe, ríe, porque es feliz. ¡Mira, Norah, mira! ¡Aleluya! Los dos ríen y el amor resplandece en sus rostros. ¡Cantad!

Norah reía mientras Patrick a dos pasos de ella, ya no tenía un rictus siniestro de «cronak» sino la buena risa de sana alegría pueril de la raza negra.

El cántico era expresión de alegría, y Norah acercándose, deslizó su diestra en la de Patrick, que sin mirarla, dio una lenta cabezada de aprobación. Todo estaba dicho.

El cántico cesó bruscamente, porque el orador, agitaba los brazos.

—Harlem está en fiesta. ¿En qué piensa, Marcus, el más listo negro… después de mí?

Marcus Harvey, no contestó, porque empleó la mejor lengua: sus pies que empezaron a trenzar repiques, y sus contorsiones al poco, se contagiaban a los hombros de todos. El tribunal, Norah, Patrick y cuantos allí estaban movían los hombros y cabeza. Armónicas, que iban saliendo de algunos bolsillos, acompañaban la danza con la que Marcus Harvey entonaba un himno salvaje, sin palabras…

Y fueron entrando negras, uniéndose al baile, formando parejas, sacudiendo los miembros con ritmo dentro del epiléptico conjunto, al que las armónicas se unían ahora saxofones, clarinetes y toda la gama instrumental de cuantos iban acudiendo.

Marcus Harvey separó las diestras de Norah y Patrick, para colocarse entre los dos, a los que bailando, condujo hacia las escaleras, ya en la ribera, andando por la margen asfaltada habló el «tipo listo»:

—El «vudú» ya no es para vosotros. Norah es tuya, Patrick.

¿Dónde piensas hacerla vivir? Yo quisiera que me pidieras consejo, Patrick.

—¡Te lo pido, Marcus!

—Si insistes…, si me obligas, yo no iría a la selva. Mírame a mí, Patrick. ¿Es que cuando bailo para los blancos soy yo el de la jungla? Son ellos, y me pagan. No es por el dinero, Patrick, y lo sabe muy bien Norah, que es negra prudente y buena, por lo que se calla. Yo bailo como ella, porque lo necesito, y necesito que sobre mi cuerpo haya seda por debajo la lana, y en mis dedos anillos, y beber café con menta, y tener un amigo. En la jungla, allá, Norah sufriría de calor, de frío, de incomodidades. Aquí, cada noche tú podrías proclamar que Norah es tuya, y yo tendría un amigo. Mira esta llave, Patrick. Es la que abre mi piso de Harlem. El que está más cerca del cielo. Toma esta llave, Patrick, porque esta noche yo me emborracharé y los camareros del «Savoy Black» me acostarán en la mejor cama, y el mismo gerente me cuidará. Los blancos a mis pies, mirándome, Patrick, y no con rifles cazándome. ¿Y sabes por qué me emborracharé? Por amistad, y porque hasta ahora no he podido encontrar a mi Norah.

—Pero el Destino la creó y la encontrarás. Gracias Marcus.

—Os buscaré un piso como el mío, y mañana al mediodía, os diré cómo los dos viviréis, igual que príncipes, hasta reunir el dinero para el mejor palacio en una isla, donde los blancos se quitarán el sombrero porque iréis en coche. Y el que no se quite el sombrero… procurad sea vuestro amigo, os lo digo yo. Si un blanco no hace zalemas ante un negro rico, vale la pena respetarlo, porque es un hombre. Los hay… que no todos los blancos son mezquinos, ni todos los negros son como Jesuah. Hasta mañana, que la noche es joven, y vuestra pasión espera a liberarse.

* * *

Les mejores clubs nocturnos de Nueva York, se disputaron el espectáculo «Harvey, Kong y Norah».

La pista, al sumirse en la penumbra, mientras empezaba el lento redoble de un tambor, era convertida rápidamente en jungla, con varias columnas imitando árboles, barras por ramas, y alambres por lianas.

Al aumentar el redoble del tambor la penumbra se iba aclarando, y aparecía Norah, cuya danza expresaba un temor selvático, mientras parecía rehuir algo invisible.

Un músico lanzaba un aullido, y Patrick Kong surgía de la cima de una columna semejando árbol, y sus pies desnudos asían barras, lianas, y en evoluciones simiescas, mientras Norah en su danza expresaba el temor, llegaba a enlazarla para, en rapto acrobático, huir por lo que parecía una floresta. El tambor hacía enmudecer a la orquesta, y al irse amenguando, desaparecían raptor y raptada en la penumbra de la cima de una columna, se apagaban las luces, los tramoyistas quitaban el decorado, y al encenderse las luces, callado el redoble obsesionante, Norah y Patrick en la pista, asidos de la mano, saludaban entre aplausos.

Y Marcus Harvey apareciendo de improviso, ahuyentaba con sus trenzados la sensación primitiva que en cada espectador había dejado, la extraña escena del negro raptor.

La jungla en el espectáculo había conquistado la jungla de los espectadores. Y como decía Marcus:

—La danza nos convierte a todos en iguales. Basta que suene el redoble de un tambor percutido por una palma, humana, y allí los tienes, bailando al ritmo de la selva… pero mucho peor, porque en ellos, queda grotesco. Y el que no baila, mueve los hombros. Mientras bailan u oyen la música son buenos y olvidan sus preocupaciones.

Y en Harlem, en el piso «cerca del cielo», Patrick y Norah son dichosos porque tienen allí su cueva, refugio de amor sencillo y primitivo, y les basta su completa unión, y la amistad de Marcus Harvey, el más secreto de los agentes del
F. B. I.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.